
ESPACIO
El mundo FUTURO
roy rowan
cerebros en lucha

Cerebros en lucha

ROY ROWAN

Cerebros en lucha

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51—53 Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B.
28.105 — 1966

Printed in Spain Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 —
BARCELONA

PREFACIO

La astronave «Tierra I» parecía un puntito, perdido e inmóvil, en la inmensidad del espacio, como suspendido allí en contra de todas las leyes gravitacionales.

Sin embargo, su velocidad era inimaginable: ¡Diez veces la velocidad de la luz, o tres millones de kilómetros por segundo!

En su interior, un hombre prestaba su máxima atención a los controles de vuelo de la nave.

Todo había sido preparado de antemano para aquel viaje soñado por la Humanidad, desde hacía miles y miles de años.

¡Salir del Sistema Solar conocido y explorar otros espacios, otros sistemas planetarios…!

Hacía quinientos años que el hombre lanzara el primer satélite artificial fuera de la atmósfera terrestre.

Aquellos hechos quedaban únicamente reflejados en los libros de los historiadores.

El viaje que hacía Soal Lander, nacido en Plutón e hijo de padres terrestres, era la conmemoración de aquella aventura histórica efectuada el dos de enero de mil novecientos cincuenta y nueve.

En Plutón, el planeta más alejado del astro rey, cientos de científicos y astrónomos, vigilaban todos sus movimientos y derroteros de su cerebro.

Para esto último, habían instalado a bordo de la nave, la «Pe—O», un extraño aparato que recogía sus pensamientos y los enviaba, instantáneamente traducidos, a la Base Interestelar de Plutón.

Todo… todo cuanto pensara o hiciese era perfectamente controlado y grabado en el punto de partida.

Para Soal Lander, aquello era una prueba más.

Sin embargo, para los científicos era muy importante. ¡Consistía en la salida al exterior de todo lo conocido!

Ante él, lo irreal podía ser verdadero; la fantasía, una cosa realizable; lo nunca imaginado, posible…

Mientras la astronave se dirigía a Jefn, el planeta más cercano a la estrella Centauri, en la que los científicos pensaban encontrar vida similar a la de la Tierra, Soal se levantó del asiento situado frente al cuadro de mandos y se dispuso a tomar alimentos.

Sentía rabia de que centenares de personas conociesen al momento todos sus pensamientos y emociones.

Pero el pensamiento es incontenible, imposible de parar ni detener, a no ser que se acabe con la vida del individuo: ¡La muerte!

¿Y en Jefn? ¿Qué sería lo normal allí?

La «Pe—O» no dejaba de funcionar. Se hallaba en período de experimentación y su cuadro de luces se apagaba y encendía constantemente.

Estuvo tentado de romper el tubo que le unía a la máquina, como si fuese un feto enlazado por un cordón umbilical. A todas partes debía ir seguido de él.

En una de las paredes de la astronave, aparentemente lisa, pulsó varios botones y, al instante, unas pastillas de color verdoso salieron por una ranura.

Las engulló de una vez. Llevaba puesto el traje espacial, pero no la escafandra de vacío. El conducto que le unía a la «Pe—O» sobresalía de su parte posterior, de la espalda concretamente.

Miró la máquina.

Era lo único que le desagradaba del viaje. ¡Que cientos de personas estuviesen «dentro» de él!

Hacía dos horas que saliera de Plutón y todavía le quedaban ocho días de viaje por el espacio exterior.

Decidió tomarse las cosas con más tranquilidad. Aquélla no era su primera prueba.

¡Jefn estaba esperándole!

Posaría la nave sobre el planeta y descendería a tierra… si es que había tierra. Luego, tomaría los datos necesarios, además de que su cuerpo iba a servir de conejillo de Indias, y regresaría.

Bueno… lo de regresar quedaba muy lejos… ¡En un punto muy remoto de su mente humana!

A pesar de su tranquilidad aparente, de sus nervios bien controlados, el astronauta no era capaz de contener cierta sensación de vértigo.

¡Como cuando uno cae desde una gran altura sin saber lo que hallará al fin!

¿Miedo? ¿Terror a lo desconocido?

No.

Era aquella sensación de ignorancia, de incertidumbre a algo que

no se puede definir, algo que escapa a la fantasía humana.

Pero... ¿no pensarían lo mismo los primeros astronautas soviéticos y estadounidenses que salieron al espacio abierto por vez inicial?

También ellos sentirían sus temores y, sin embargo, más tarde se comprobó que no había peligro alguno.

Ahora, todo el Sistema Solar estaba habitado por terrestres, que convivían en paz eterna con los escasos moradores de Júpiter y Mercurio, únicos planetas en los que fueron encontrados seres de civilización muy similar a la de la Tierra.

Soal estaba pensado todo aquello, cuando unos gráficos aparecieron en la receptora de mensajes situada frente a él.

Le bastó una ojeada para leerlos.

«Piloto Soal, se le ruega más atención a los mandos. Descenso peligroso de moral y pensamientos fatalistas.»

El cerebro de Soal se habituó instantáneamente a las órdenes recibidas.

De no ser por la «Pe—O» hubiese mascullado algunos tacos, aunque su estado de ánimo era controlado al momento por los científicos de Plutón, como había podido comprobar.

En la parte delantera de la nave había un trozo de acero transparente, a través del cual, Soal pudo ver el espacio por el que viajaba.

Allí no había fronteras, como tampoco en la Tierra, donde ya también habían desaparecido las naciones, dejando paso a sólo cinco continentes. Una persona ya no era francés, ni sueco, ni árabe. Simplemente europeo, africano... Todo había cambiado enormemente.

Puntitos lejanos y brillantes, que se agrandaban considerablemente, le indicaban que se acercaba a su objetivo.

¡Las estrellas!

Productos de fantasía de centenares de personas a lo largo de la Historia, que ahora iban a descubrir su secreto a los ojos de Soal y de los aparatos que transportaba la astronave,

Algunos meteoritos pasaban «cerca» de la nave —aquella proximidad podía suponer miles de millones de kilómetros— y se perdían de vista tan súbitamente como habían aparecido.

El sistema de alarma automático instalado en la «Tierra I» haría

que ésta saliese de la trayectoria de aquellos bólidos naturales, si alguno de ellos se acercaba peligrosamente.

Luego, Soal sólo tenía que corregir el rumbo y todo volvía a la normalidad.

Los súper adelantos de la ciencia habían dado maravillosos resultados y, sobre todos ellos, la «Pe—O».

Aunque crispase los nervios del astronauta no se podía negar que era un aparato fantástico, de unas aplicaciones futuras que nadie podía imaginar.

CAPÍTULO I

El autobólido de la Policía Espacial, protegido por otros tres más pequeños, avanzó raudo por los desolados y glaciares parajes de Plutón, hacia la Base Interestelar.

Los cohetes autopropulsores rugían con fuerza impulsando los aparatos a toda la velocidad posible, que debería pasar de los cuatro mil kilómetros a la hora.

Tenía prisa, mucha prisa en llegar cuanto antes a la Base. Hacía poco que los patrulleros de la policía habían recogido a un personaje muy importante en el proyecto del lanzamiento de la nave «Tierra I».

¡El descubridor de la «Pe—O», recién llegado del planeta Tierra!

Él era una pieza clave de aquel engranaje, del cual dependía la vida de Soal Lander y el éxito del proyecto.

Ciertas conferencias informativas le habían retenido lejos de Plutón.

La imagen que se ofrecía bajo los autobólidos era impresionante:

Toda la superficie del planeta más alejado del Sol aparecía cubierta por glaciares enormes, verdaderas montañas de hielo, de cientos de metros de altura que convergían en insondables desfiladeros y cañones.

La atmósfera era respirable, pero los cuerpos quedaban instantáneamente congelados si salían al exterior sin las protecciones necesarias. Éstas consistían en cohetes debidamente cerrados y con una temperatura interior que el cuerpo humano fuese capaz de soportar, así como trajes de vacío con calefacción. Aunque para usar estos últimos se necesitaban ejercicios adecuados de aclimatación.

Ante los bólidos, las montañas de nieve formaban una meseta de regulares dimensiones. Allí, estaba la Base Interestelar.

Hugo Kreyssler, europeo, divisó las lisas formas de algunos edificios, entre los que sobresalía una torre de unos doscientos metros de altura.

Parecía ser el edificio principal de la Base, ya que a su alrededor se extendían varios grupos de casas más pequeñas, aunque con las clásicas formas lisas y estilizadas.

Una gran cúpula trasparente cubría la totalidad de la Base, protegiéndola de las extremadas temperaturas exteriores. ¡Más de 460 grados bajo cero!

A aquella velocidad casi irreal, y que no podía compararse con la hiperlumínica que llevaría en aquellos instantes la «Tierra I», los cuatro autobólidos se aproximaron a la gran torre de la Base.

Faltaban doscientos kilómetros para que llegasen, cuando se abrió un orificio en la cúpula.

A los pocos segundos, el cohete de mayor tamaño penetraba por él y se dirigía a la torre. Los tres más pequeños lo seguían a prudencial distancia.

El bólido policíaco apagó sus motores y los lengüetazos de fuego cesaron, mientras se posaba sobre la cima de la torre.

Un grandioso astropuerto había sobre ella.

Las compuertas del patrullero se abrieron, dando paso a varios policías de uniforme. Inmediatamente después, salió un hombre de elevada estatura, de raza negra y con unos ojos brillantes y extremadamente vivaces.

Un hombre, no más bajo que él, le siguió. Éste era Hugo Kreyssler, y el primero, Alexander Sodaro, inventor de la «Pe—O».

Ambos eran de fuerte y musculosa complexión, debido a los ejercicios obligatorios de gimnasia, que duraban desde la infancia hasta los cuarenta años.

Al pisar el suelo de la torre, una sensación de vértigo les invadió de repente.

—No se preocupen, se debe a que sus cuerpos no están acostumbrados a la velocidad y el cambio de atmósfera —manifestó un oficial de la Policía Espacial.

—Ya entiendo —respondió Sodaro, el científico. Y añadió—: ¿Le ocurre a usted lo mismo, Hugo?

El europeo respiró hondamente y contestó.

—En cierto modo.

—Comprendo

Hugo Kreyssler se bamboleaba ligeramente, como un beodo.

Sin embargo, al cabo de unos momentos, las molestias desaparecieron. Cuando hubo ocurrido, el europeo preguntó al científico, éste africano:

—Lo que no comprendo, señor, es ¿por qué no hemos pasado por

ninguna cámara de descompresión?

—Hemos pasado por ella, señor Kreyssler —respondió el hombre de ciencia, con una sonrisa en sus abultados labios.

Hugo lo miró extrañado. ¡Él no había visto nada de lo que su jefe decía!

—Perdone si insisto, pero me gustaría saber cómo no la he visto.

—Como ayudante, es usted un prodigio, Kreyssler; pero no como observador.

Hugo, el ayudante de Sodaro, se envaró, molesto por las palabras de su jefe.

Se volvió a mirar el punto de la cúpula por el que habían penetrado y no consiguió encontrarlo. ¡Cada vez lo entendía menos!

Era de suponer que no abrirían tranquilamente un orificio en la cúpula, dejando que penetrasen por él bocanadas enormes de frío que congelarían la vida interior de la Base.

—Hay un túnel invisible desde la entrada hasta el astropuerto que estamos pisando, Kreyssler —aclaró el científico—. Al penetrar en el túnel se cierra la escotilla exterior y da comienzo la descompresión. ¿Lo entiende ahora?

—¡Por todos los canales de Marte! De no explicármelo usted, estaría toda mi vida dándole vueltas a la cabeza —exclamó el joven ayudante.

—Recuerde, Kreyssler, que aquí, en Plutón, se han centrado los mayores adelantos técnicos de nuestros tiempos. ¡De aquí a las estrellas sólo hay un paso! Mi «Pe—O» contribuirá a ello... —dijo Sodaro, con mucho énfasis en sus palabras.

—¡Lo será! —corroboró el europeo.

Ambos hombres tenían puestas sus esperanzas en la máquina transmisora del pensamiento.

A pesar de que Sodaro había sido su inventor, Hugo también había colaborado con su esfuerzo, que no fue poco, en su terminación.

Por un hueco de la lisa base del astropuerto salieron varios hombres y una mujer. Los varones vestían ajustados trajes de plástico flexible, que se les amoldaba como una segunda piel.

El de la mujer era algo diferente. Estaba hecho de fibras sintéticas, más finas que el plástico, formando una corta falda, que le cubría la parte superior del cuerpo hasta el cuello.

La prenda hacía que resaltasen notablemente las sinuosas y atrayentes formas de su cuerpo escultural.

Kreyssler se olvidó de la nave que viajaba a las estrellas y de todo cuanto concernía a aquel proyecto. Sus ojos se movían acompasados con los elegantes pasos de ella, al acercarse.

Era rubia, con el cabello recogido en la nuca, y las facciones de su rostro eran sumamente agradables.

En pocas palabras, que Hugo quedó embobado ante semejante beldad.

En total, el grupo de personas que habían salido a recibirles, lo formaban cinco hombres y la mujer.

Ella se dio cuenta de la insistente mirada de él e hizo un mohín de disgusto.

Alexander Sodaro se había adelantado unos pasos, saliendo al encuentro de los demás científicos, y dieron comienzo los apretones de manos y los saludos.

Kreyssler, que se había quedado algo rezagado, ahora se acercó al grupo.

Él era ingeniero nuclear y experto en asuntos espaciales, pero no podía compararse con aquellos talentos. Quizá, algún día…

—Les presento a mi ayudante, el señor Hugo Kreyssler. Un verdadero genio en asuntos del espacio —decía en aquellos instantes su jefe.

Hubo apretones de manos y, cuando le llegó el turno a la mujer, Hugo se la retuvo un poco más de lo debido, al mismo tiempo que musitaba:

—Encantado de conocerla, señorita.

—Bienvenido a la Base, señor Kreyssler.

La frase de ella sonó como música en los oídos del joven. Sodaro había dicho su nombre, pero no les de los otros.

Decidió esperar un momento más oportuno para enterarse del de aquella rubia beldad.

—Les ruego nos acompañen, señores —habló uno de los hombres, indicando el hueco abierto por el que ellos habían salido.

Alexander Sodaro, uno de los hombres más famosos del siglo XXV, se apoyó en un pasamanos y pronto todos desaparecieron por el mismo lugar.

Llegaron a un ancho pasillo, cuya longitud parecía interminable.

Las paredes y el techo eran completamente uniformes y de acero puro, con cierta aleación de un mineral hallado en Marte, que lo hacía doblemente resistentes al frío y al calor.

Kreyssler prestó atención a lo que hablaban Sodaro y un hombre de unos cincuenta años, canoso y de facciones angulosas.

—¿Fue perfecto el lanzamiento? —preguntaba el primero.

—Sí, no tuvimos el menor tropiezo con el campo gravitatorio de Plutón. La «Tierra I» responde perfectamente.

—¿Y la «Pe—O»?

—¡Impresionante, colega Sodaro! ¡Recibimos los pensamientos del tripulante de la nave con mayor claridad que el propio astronauta!

Alexander esbozó una sonrisa de triunfo y manifestó:

—Confió plenamente en esa máquina, Clarke. Después de este viaje la aplicaremos en otras cosas. ¡Nos queda mucho que descubrir en el cerebro humano!

—Debemos reconocer que supone una ayuda inesperada para este proyecto. Con ella se reduce la carga de aparatos en la nave, aumentando así su velocidad.

—¿Cuáles son las últimas noticias?

—Todo sigue el rumbo previsto. El pensamiento del tripulante queda constantemente grabado en cintas magnéticas para su posterior revisión —explicó el llamado Clarke.

Los dos hombres callaron. Habían llegado al final del pasillo, el cual desembocaba en una espaciosa sala, en la que decenas de hombres y mujeres se afanaban en el control de aparatos de todas las clases y dimensiones.

En la pared del fondo, una enorme pantalla de televisión mostraba la imagen interior de la astronave «Tierra I». En dicha pantalla se podían ver los movimientos del astronauta manejando los diversos aparatos en ella instalados.

—¿Qué tal el hombre? —preguntó el autor de la «Pe—O».

—Bien..., tiene algunas depresiones nerviosas, aunque sin importancia.

—¿De mucha intensidad?

—Normales en un viaje de esta clase.

—¿Cómo reacciona con mi máquina?

Sodaro había hecho la pregunta al ver por la pantalla que el

tripulante de la nave miraba de soslayo a la «Pe—O».

—Está en proceso de adaptación. Al principio tenía ciertos reparos, así como temor a revelar su intimidad personal, pero ya se ha acostumbrado.

Arthur Clarke, jefe de la Base Interestelar, hablaba rápidamente, procurando satisfacer la curiosidad de su visitante.

—Acérquense —dijo a Sodaro y Kreyssler.

Éstos le siguieron, aunque sin apartar la vista de la pantalla de televisión.

Aquellos momentos pasarían a la historia de la Astronáutica como una de sus páginas más gloriosas.

¡El salto a las estrellas estaba siendo hecho realidad, después de miles de años en los que los hombres soñaron con aquella fecha!

Los tres hombres se acercaron a una larga mesa sobre la que habían numerosos aparatos auditivos parecidos a los miniteléfonos de la Tierra.

—Con ellos escucharán el pensamiento de nuestro hombre mejor que si estuviesen «dentro de él».

Tanto Sodaro como Kreyssler tomaron los aparatos y los aplicaron a sus oídos.

¡Al instante, una voz fría, impersonal, llegó hasta ellos, haciéndolos estremecer involuntariamente!

«...y trataré de dormir un rato. Así, por lo menos, descansaré, pues todavía me quedan muchas horas de viaje...

»¿Y la «Pe—O» del diablo? ¡Bah! Prefiero no pensar en ella, pero, ¿cómo voy a parar mi pensamiento si eso es imposible? Estarán escuchando, lo sé... ¡Que se vayan todos al demonio!... ¡Dios mío, ¿pero qué estoy pensando?... Si se enteran de que los insulto, son capaces ele mandarme a una prisión—meteorito...

»La comida de hoy me ha dejado satisfecho... Comeré verduras terrestres más a menudo; las pastillas rojas de carne tienen un gusto demasiado fuerte...

»¿Qué harán en estos momentos en Plutón?... Sé que confían en mí y no puedo defraudarles... Llegaré a Jefn y, al regreso, pediré como recompensa que borren las cintas magnéticas cuando no las necesiten.

»Será una tontería... pero no me gusta que los demás sepan mis cosas... ¡Si mi mujer se enterara de lo de aquella china destinada en

Venus... ¡Será mejor que no piense en ello por si acaso...»

Hugo Kreyssler apartó el auricular de su oído.

Le habían hecho mucha gracia las últimas cosas que pensara el astronauta.

—¿Qué le parece, Kreyssler? —le preguntó Sodaro, que también había dejado de escuchar.

—¡Maravilloso! Mucho más claro de lo que imaginamos en un principio!

—¡Juntos llegaremos a descubrir muchas cosas más! ¡Todas necesarias para el progreso de la ciencia!

Hugo estuvo a punto de decirle que era un genio, pero se contuvo. No le gustaban aquella clase de alabanzas.

—Profesor Clarke, ¿cuándo perderemos el contacto por televisión? —quiso saber Sodaro.

—Dentro de veintitrés horas cincuenta y cuatro minutos exactamente —respondió el aludido.

—¡Mi invento no perderá la comunicación en ningún momento!

—Eso esperamos, colega Sodaro... De lo contrario perderíamos todo contacto con Soal.

—¿Quién es Soal?

—El hombre que tripula la «Tierra I».

—Puede decirle a ese hombre que esté tranquilo. ¡La «Pe—O» no fallará!

—Todos confiamos en usted, Alexander Sodaro. Ahora, se pueden retirar a descansar si lo desean.

El científico se volvió hacia Kreyssler.

—¿Está usted cansado?

—Sí, profesor, si no le importa...

—En absoluto. Hasta que la nave llegue a Jefn, nuestra misión aquí es prácticamente inútil.

Para Kreyssler, aquellas palabras fueron un alivio enorme. El viaje de la Tierra a Plutón, sin descanso alguno, resultaba muy pesado.

—Gracias, profesor. Espero que usted también aprovechará la ocasión para descansar.

—No, Kreyssler; prefiero quedarme aquí un rato más.

—Si se entera ese hombre llamado Lander que usted lo hace a propósito... —insinuó el joven en broma.

Sodaro sonrió. Unas arrugas prematuras le hacían parecer mayor de lo que era en realidad.

—Ya sabe que no lo hago por eso. Me preocupa el alcance de la «Pe—O». Podemos haber calculado mal la distancia entre nosotros y Jefn.

—No lo creo.

—Les advierto que sus alojamientos se encuentran en la ciudad. Aquí sólo permanecemos durante las horas de trabajo —informó el jefe de la Base.

—¡Entonces tardaremos mucho en llegar! —exclamó Hugo, sorprendido.

—No lo crea, tenemos un sistema privado de transporte que les llevará a Nueva Brasilia en menos de quince minutos.

—Eso es otra cosa.

—En un principio hacíamos toda la vida aquí, en la Base, pero comprobamos que el cerebro de los científicos necesita también un cambio de ambiente. Ahora, su rendimiento es mucho mayor.

—Ya comprendo —dijo el profesor Sodaro.

—Acompáñeme, señor Kreyssler.

El joven ingeniero fue tras del jefe de la Base. Penetraron por el mismo pasillo que llegaron, y pronto estuvieron en el astropuerto.

Clarke caminó por la pista hasta donde el joven viera antes dos autobólidos de regular tamaño.

Uno de ellos tenía los motores en marcha, y en él, aparte del conductor, se encontraban dos personas. La mujer rubia que llamara la atención de Hugo a su llegada a la Base y un hombre.

El jefe de la Base entró en el vehículo y dijo a sus ocupantes:

—El ingeniero Kreyssler les acompañará hasta Nueva Brasilia. Les ruego le indiquen sus habitaciones.

—Descuide, profesor —contestó ella.

—Gracias por su amabilidad —intervino Hugo, disponiéndose a subir al vehículo.

—El profesor Sodaro le avisará si necesita sus servicios, Kreyssler —añadió Clarke—. Mientras, puede descansar todo el tiempo que necesite —Y cerró la escotilla de salida.

El autobólido tenía dos hileras de asientos, cada una capaz para cinco personas. En la parte delantera estaba el lugar del piloto, que la mayoría de las veces era un robot.

—Señor Kreyssler, le presento al piloto de astronave, Paul Burke —habló ella.

—Tanto gusto, señor Burke —dijo el joven, alargando la mano.

—Se ha hablado mucho de usted y del profesor Sodaro —manifestó Burke.

—Sí, reconozco que la «Pe—O» nos ha dado un poco de fama, aunque todo el mérito es del profesor —arguyó Hugo, con modestia.

—¿Confía usted en el éxito de la «Tierra I»? —preguntó la joven.

—Totalmente, señorita...

—Jill Parkinson.

Ella notó el interés de Hugo en saber su nombre y, tras una leve sonrisa, volvió al tema del viaje interestelar.

—Pero no sabemos lo que hay en esos planetas. La vida en nuestro Sistema Solar es conocida por todos; sin embargo, no ocurre lo mismo con las demás galaxias.

—Es de suponer que habrá una vida similar a la nuestra. ¿Por qué pensar lo contrario?

Jill movió la cabeza afirmativamente. Las mismas posibilidades había para ambas opiniones.

El autobólido despegaba en aquellos instantes. Hugo se fijó en el sistema de aislamiento con el exterior.

Apenas el vehículo hubo salido de la pista, el orificio se abrió en la cúpula transparente. Segundos más tarde, volaban sobre los helados parajes de Plutón.

El joven estaba maravillado ante lo que veía y así lo dio a entender a sus dos acompañantes.

—Es asombrosa la manera de entrar y salir en la Base.

—Pues se usa en todos los lugares habitados de este planeta, ingeniero Kreyssler —explicó el astronauta.

—Deberían instalarlo en los otros planetas cuya atmósfera es irrespirable para nosotros.

—Sepa que todos los adelantos están centrados en el proyecto del viaje a las estrellas, señor Kreyssler.

CAPÍTULO II

Nueva Brasilia era una ciudad de poca extensión, aunque en su interior albergase a treinta mil personas de ambos sexos. El instalar enormes cúpulas transparentes costaba enorme trabajo y cantidades de dinero fabulosas, así como el sistema de calefacción para toda la ciudad.

De ahí, que se tratase de aprovechar al máximo todo el espacio.

Después de tocar la pista y salir del autobólido, los dos hombres y la mujer bajaron a la ciudad.

Espaciosas calles, sin aceras, se veían concurridas por numerosas personas que iban y venía atareadas en sus asuntos.

El tráfico «suspendido» estaba prohibido en Nueva Brasilia, aunque largos tramos de suelo rodante recorrían la ciudad de punta a punta. Los terrestres, si aquél era su deseo, podían usarlos siempre que gustasen.

Las casas eran todo lo más altas posibles. Casi toda la población de la ciudad dependía de la Base Interestelar, bien trabajando en ella o en tareas auxiliares. Como, por ejemplo, la flota de astronaves que se encargaba de aprovisionar a aquella población flotante.

Todo esto lo supo Kreyssler por las explicaciones que le dieron Jill y Burke.

—Tomemos la «alfombra» —indicó Jill, subiendo a una acera rodante.

Los dos hombres la siguieron y pronto se vieron transportados a una velocidad de unos veinte kilómetros a la hora.

Hugo había oído hablar de aquello, por lo que no quedó tan sorprendido como con el sistema de descompresión.

—¿Qué le parece nuestra ciudad, señor Kreyssler? —preguntó la muchacha, tras una pausa.

—Excelente… Necesito un guía que acabe de enseñármela —dijo Hugo, esperando que ella se ofreciese.

—¡En la Oficina Estatal le indicarán todo cuanto necesite!

Jill había subido primero e iba un poco más adelantada. Por ello, tenía que alzar la voz.

El ingeniero avanzó unos pasos hasta colocarse a la altura de ella y añadió:

—Preferiría que usted trabajase en ese lugar.

—Yo no. Me gusta viajar a lugares desconocidos.

—¿No me dirá que es usted astronauta?

—¿Por qué no he de serlo? Paul Burke y yo somos la tripulación del viaje que seguirá a Soal Lander. ¿No es así, Paul?

Hugo a punto estuvo de caer de la alfombra.

—¡Diablos! —exclamó.

—Comprenderá el interés que tenemos en que su invento dé resultado. No nos gustaría quedar aislados a miles de millones de años luz —dijo Burke.

Hugo se pellizcó el brazo. Burke y Jill podían tener alguna relación sentimental y quizá él se había precipitado. En adelante, tendría más cuidado.

Poco después, llegaban al hotel, donde cada cual marchó a su respectivo alojamiento.

Kreyssler ya no pudo evitar el seguir pensando en Jill Parkinson. En los días que siguieron a su llegada, comprobó que entre ella y el piloto únicamente existía una buena amistad.

Hugo consiguió que ella le enseñara algunas cosas, aunque no demasiadas, ya que el tiempo libre de ambos era muy escaso.

Así, el día en que la «Tierra I» debía posarse en Jefn se acercó rápidamente.

* * *

Un aire de nerviosismo invadía la Base Interestelar de Plutón. Todo estaba preparado para el momento culminante.

Todos los interesados en el proyecto estaban con los oídos pegados a los auriculares que transmitían el pensamiento de Soal Lander.

Allí estaban Sodaro, Clarke, Kreyssler, Jill, Burke y unos cuantos científicos más.

»...Orbitaré en cuanto la astronave llegue a la altura deseada. Las computadoras de a bordo me indicarán el momento apropiado para ello. Pero ¿qué ven mis ojos?... Jefn está rodeado de una capa gaseosa que lo envuelve totalmente, impidiendo ver su interior

»¿Cómo serán los tipos que viven aquí?... Quizá no haya nadie.

Arthur Clarke, sin dejar el auricular, llamó:

—¡Que traigan las fotografías inmediatamente!

Un auxiliar se separó de ellos y salió de la estancia.

Hugo comprendió que iba a buscar las fotografías que el «Tierra I» mandaba a Plutón ininterrumpidamente. Aquellos aparatos funcionaban por sí solos, sin que Soal tuviese que intervenir en ellos para nada.

»...Ya voy por la segunda órbita y continúo sin ver nada en absoluto. ¿Qué misterio rodea a este planeta?... Dudo de que sean nubes, pues tienen un color verdoso, difícil de describir... ¡Sólo faltaría que, después de tantos viajes arriesgados como he hecho, este planeta fuese mi tumba!

Hugo vio que el auxiliar traía unas fotografías en colores. Primero entregó una copia al jefe de la Base y a continuación repartió otras tantas a los demás.

El joven observó una bola de color verde, la mitad de ella cubierta de un manto oscuro, que supuso sería la parte que el sol o estrella Centauri no iluminaba a causa de la rotación del planeta.

—Como verán, Jefn gira alrededor de Centauri, tal y como nosotros lo hacemos alrededor del Sol, aunque de momento no podemos saber el tiempo que tarda en su movimiento de traslación.

»Estas manchas verdosas que lo cubren en su totalidad pueden ser nubes o una frondosa vegetación que alcance alturas insospechadas. El pensamiento de Soal, nuestro hombre, nos lo irá aclarando.

Clarke hizo una pausa e indicó al auxiliar:

—Procure que las fotografías nos lleguen tan pronto como sean recibidas.

—Sí, señor —contestó el hombre, volviendo a salir de la habitación.

El pensamiento teletransportado de Soal Lander volvió a ocupar la atención de todos ellos.

»...No sé si debo conectar ya los cohetes retropropulsores... Caso de precipitarme... Orbitaré durante un momento, no tengo prisa, y el combustible de la astronave sigue su normal línea descendente... Con tal de que me quede para el retorno.

—¡Comunicaciones! —pidió Clarke, siempre seguido por la mirada anhelante de todos.

—¿Diga, señor?

Había respondido un hombre.

—Mande un mensaje a la «Tierra I» para que su piloto mire el

indicador de combustible.

—Sí, señor —contestó el hombre.

Segundos después, ondas hiperlumínicas cruzaban el espacio, en dirección a la astronave de Soal.

Hugo, que estaba atento a los auriculares, oyó la voz metálica de la «Pe—O», que transmitía los pensamientos del astronauta:

»... Mira que pedirme la cantidad de combustible... ¡como si no fuese capaz de haberlo mirado! —Al instante, los ojos de Soal debieron enfocar el indicador, pues su pensamiento fue el siguiente—: Todavía me queda bastante más de la mitad... puedo permitirme el lujo de observar bien a la presa antes de lanzarme sobre ella... Ya deben haber escuchado mi pensamiento, así que no es necesario que les envíe la respuesta...

»¡Esa «Pe—O» empieza a resultarme simpática!... Por lo menos me ahorra mucho trabajo.

»Apagaré uno de los cohetes laterales, para que la astronave tome un ángulo de inclinación más acentuado, y me acercaré más a ese humo verde...

Las fotografías que continuaba trayendo el auxiliar demostraban que Soal obedecía a sus pensamientos con matemática precisión. En las placas, la imagen de Jefn se iba agrandando paulatinamente, después que la «Tierra I» hubo dado un brusco viraje.

¡Una niebla verde, con enormes girones que se entrelazaban entre sí, se hacía visible!

»...¡Uf, casi me da miedo meterme ahí dentro!... Los aparatos indican una distancia de doce kilómetros hasta algo sólido... Habré de tomar precauciones si no quiero estrellarme.

«Todo se ha hecho oscuro... Debo de estar en la zona de noche de Jefn, pero no lo resisto más; en cuanto llegue a la zona iluminada, conectaré los motores retropropulsores y viraré para entrar en su atmósfera.

En la sala de mando de la Base Interestelar de Plutón, el grupo de personas que seguían los pasos de la «Tierra I» intercambiaron miradas de angustia.

Los corazones latían con musitada fuerza y, en contraste con la temperatura exterior del planeta que pisaban, un sudor copioso invadió sus cuerpos.

¡Había llegado el momento!

¡La vida de un hombre y años de esfuerzos dependían… de lo desconocido!

No cabían conjeturas de ninguna clase. ¡Lo más extraño e inexplicable podía suceder!

»…¡He entrado en su atmósfera y la fuerza de la gravedad me atrae con mucha fuerza!…

»Continúo sin ver nada más que verde… ¡La computadora de altitud ha encendido la lámpara roja! Debo estabilizar la nave o me estrellaré… ¿Contra qué? ¿Será todo gaseoso y no sólido como era de esperar?

»Las computadoras no han fallado jamás.

Las fotografías demostraban la veracidad de los pensamientos de Soal. ¿De qué estaría compuesta aquella niebla que lo invadía todo?

Un estremecimiento sacudió a todos los que estaban pendientes de la «Tierra I».

»¡Dos mil metros y sigo sin ver nada!… Este maldito color se ha aclarado bastante. Serán las calorías de Centauri que lo hacen palidecer…

»Mil quinientos metros… Descenderé más lentamente todavía. ¿Dónde diablos estará lo sólido que las computadoras no cesa de marcar?

»¿Habrá un algo desconocido que averíe los mecanismos? ¡Si es así estoy perdido!…

»Setecientos metros. Seiscientos… ¿…?

—¡Comunicaciones! —bramó la voz de Clarke—. ¡Envíe mensaje pidiendo calma, mucha calma!

El aludido obedeció con manos temblorosas.

—Profesor Clarke, las fotografías… ¡Mírelas!

El jefe de la Base tomó lo que le indicaba Alexander Sodaro y abrió unos ojos como platos. ¡Era inconcebible!

¡La «Tierra I» estaba a punto de tocar tierra y todavía no se avistaba ésta!

»Por la forma en que suben las llamaradas de las toberas, es que son repelidas en algún punto firme —pensaba Soal, en aquel momento.

»Cien metros… ¡Ya lo veo!… ¡Es verde, completamente del mismo color!… Las llamas que despide la astronave, al ser rojas y amarillas, forman colores jamás imaginados. ¡Qué espectáculo tan maravilloso!

»Me ha sorprendido el choque de la nave, pero ya pasó… Ahora, pondré en marcha todos los aparatos que han de espiar el clima y la formación de este planeta, me pondré la escafandra y saldré fuera… Ardo en deseos de hacerlo.

»¡El primer hombre que pisa un planeta que no pertenece al Sistema Solar!… Cuando imagino las caras que pondrán más de un astronauta… Me envidiarán…

Jill Parkinson y Paul Burke se miraron.

Soal tenía razón. Darían media vida por estar en su lugar, sentir aquella impaciencia que debería dominar a Lander.

»…Ya tengo puesta la escafandra de vacío. ¿No se me olvida algo?… Parece que no… ¡Ah, sí! El tubo que me une a la «Pe—O». He de darle toda su longitud para poder salir.

»Si me estorba, lo cortaré… ¡Ya les explicaré a la vuelta todo lo que he pensado y hecho!

»Así, casi lo saben ellos antes que yo… ¡De no ser por el adelanto que supone esa «Pe—O»!…

—¡Comunicaciones! —tronó esta vez la voz de Arthur Clarke.

—¿Señor?

—¡Dígale que, como haga lo que está pensando, lo mandaré a prisión para el resto de sus días!

—Si, señor.

La maravilla inventada por Alexander Sodaro volvió a dar sus fructíferos resultados. Todos escucharon la acerada voz que decía:

»¡Vaya, la «Pe—O» no deja de funcionar un solo segundo! ¡El profesor Clarke se ha apresurado a ordenarme que no me desuna del chisme ése! No tengo más remedio que obedecer.

»Voy a salir… He de tomar muestras del aire de este planeta, así como de plantas o animales, si existen en realidad…

Todas las personas que seguían sus pasos imaginaron al astronauta abriendo la compuerta de la cámara de descompresión.

Y los pensamientos de Soal lo confirmaron:

»¿Cuándo inventarán algo que evite estos trabajos…?

La voz sonaba entrecortada, como producto de un esfuerzo físico. Así lo comprendieron todos.

Sin embargo, no tenían el mismo ánimo que el astronauta. El colorido, la capa gaseosa, todo lo de Jefn les desconcertaba.

Desearon que no ocurriera ningún percance peligroso para la vida

de Soal.

Sus deseos humanitarios se verían frustrados. Un peligro extraño y maquiavélico rodeaba a Jefn.

¡Y el primer terrestre que había osado hollarlo pagaría caro el acto...! Pero ¿de quién era el planeta?

»Este color de la niebla es muy extraño. Lo invade todo. Bajaré por la escalerilla y con mucho cuidado... No se debe uno fiar de lo que no conoce.

»Parece que peso más que con la gravedad terrestre o la de las ciudades climatizadas de los planetas habitados por nosotros. De todas formas, es poca cosa. Como si de repente hubiese engordado quince kilos, más o menos.

»Este suelo sí que es raro. Tiene la forma de roca y parece muy sólido.

»No se me hunden los pies en él..., pero todo parece igual: sin montañas, ni ríos, ni un árbol, o hielo, como el de Plutón... Hace calor... Lo noto a través del traje de vacío. Pondré en funcionamiento el sistema de refrigeración.

»¡Ya noto mucho más alivio! ¡Lo malo es el tubo de la «PE—O», que no me deja moverme con más libertad...!

»Me colocaré debajo de las cámaras fotográficas del cohete y podrán verme en la Base... ¡Si todos los planetas son como éste, firmó ahora mismo para explorarlos todos!

»Avanzaré hasta el límite que permita mi contacto con la «PE—O»... ¡Diablo de máquina!

En la sala de mando de la Base Interestelar, la satisfacción del triunfo inundó los corazones de todos.

¡No había peligro alguno! Y Jefn parecía deshabitado. Mucho mejor, ya que podrían instalar una base de lanzamiento para explorar todos los demás mundos.

De pronto, la alegría quedó truncada.

»¡Algo no funciona bien!

»¿Qué me ocurre?... ¿Será el cambio de atmósfera?... Empiezo a sentir una pesadez en mi cerebro. Volveré a la astronave, allí estaré más seguro. El aire de Jefn puede estar enrarecido por gérmenes nocivos para mi complexión humana...

»Este dolor, como pinchazos agudos... ¡Tengo que pensar, pensar en cualquier cosa! Siento una indefinible sensación de desolación, de

silencio.

»Pensaré en mi casa, en todo lo que me concierne... No puedo... ¿Por qué no podré imaginar mi casa si la he visto millares de veces? ¿Y la Base de Plutón?... ¡Ah, eso sí que lo recuerdo! Habrá un montón de personas escuchándome...

»Me preocupa mi casa... Por más que me esfuerzo, no la puedo recordar. Es como si tuviera un vacío en la mente... Regresaré a la nave...

»¿Qué es una nave?... ¿De dónde habré sacado yo esa palabra tan extraña?

»¿Qué hago aquí?... Este color verde me gusta... ¡me gusta mucho!... ¡Me quedaré aquí! ¿Adónde voy a ir si no?...

»¡La «PE—O»! ¡Me estarán escuchando!

»¿Quién me estará escuchando?

»¡Soal, eres tú, Soal Lander! ¿Por qué pensaré esas cosas tan extrañas?... Este bienestar me gusta. No tengo preocupaciones en absoluto.

»Estos pinchazos me están molestando... Ya no los siento. Me invade un sopor... ¿Me dormiré? No, no es sueño...

»¡Mi mente! ¿Qué le ocurre a mi mente?

»Nada; eso es... ¡NADA!

»Na...

Silencio, un silencio espectral y profundo, con presagios sumamente tétricos.

* * *

Alexander Sodaro, lívido como un muerto, se volvió hacia los demás.

La interrogación que había en sus pupilas era idéntica a la existente en los ojos de los demás.

No comprendían el porqué de todo aquello.

Soal Lander había proporcionado datos secretos sobre la gravedad y la atmósfera. ¿Qué le había sucedido?

¿Habría otros seres? Soal no los había visto, ni las fotografías denotaban la presencia de algo vivo.

¿Serían invisibles al ojo humano, o hiperdimensionales?

El astronauta no había enmudecido de una manera repentina, sino que lo hizo lentamente, cuando su mente estaba centrada en el

retorno a la astronave.

Él mismo había reconocido que algo le ocurría a su mente. Lo dijo en sus últimas palabras.

El profesor Sodaro balbuceó algo que ningún otro pudo entender y se agarró a la mesa.

El repentino sesgo que había tomado el asunto, le anonadaba, desconcertándolo por completo.

Hugo Kreyssler sintió que algo se posaba sobre su mano. ¡Instintivamente, la retiró con brusquedad!

Se había asustado. Estaba sobrecogido por la muerte del astronauta Soal Lander.

Levantó la mirada y vio a Jill Parkinson mirándole de un modo raro. El joven comprendió lo que le sucedía a la mujer y también se dio cuenta de que ella le había puesto su mano sobre la de él.

¡Jill y Paul harían el próximo viaje a lo desconocido!

Hugo buscó la mano de ella y la apretó con fuerza, infundiéndole calor y ánimo.

Todavía se hallaban aterrados por la vivida escena que acababan de escuchar. La muerte del piloto de la «Tierra I» había sido maquiavélica.

¿Qué horror se ocultaba tras todo aquello?

—Muerto… —siseó Arthur Clarke, apartándose de la mesa y dando unos pasos de beodo por la estancia.

Todos, menos Alexander Sodaro, habían dejado los auriculares, con la mente sumida en un embrollo maldito.

De súbito, un grito gutural, salido de la garganta del descubridor de la «Pe—O», hizo que todos diesen un brinco de sobresalto.

—¡Soal Lander no ha muerto…!

CAPÍTULO III

—Pom... pom... pom...

—¿Escuchan ustedes esos latidos? —inquirió Sodaro, con una sombra de esperanza en su rostro.

Todos asintieron con movimientos de cabeza.

—Son los latidos del corazón de Soal Lander.

—Pero... —trató de decir Kreyssler, tras una ligera pausa de silencio.

La misma pregunta que torturaba la mente de Hugo, estaba en la de todos los demás reunidos en la estancia.

¿Cómo podía estar vivo, si no pensaba y continuaba inmóvil en el mismo punto?

—¿No será un fallo de la «Pe—O»? —indicó Arthur Clarke.

Sodaro puso un gesto poco amistoso y replicó:

—No lo es en el momento en que percibimos los latidos de su víscera cardiaca. Hay algo en ese planeta que obstruye la mente o la domina. Lo que sea, pero que no deja pensar... No me cabe la menor duda al respecto.

—Nuestro hombre no ha delatado la presencia de otros seres o cualquier forma de vida. Dijo bien claro que todo estaba desierto —insistió el jefe de la Base Interestelar.

—Pudo no verlos... Muchas cosas. Son diferentes a nosotros.

—¿Y qué hace Soal inmóvil? —quiso saber otro científico, que había estado revisando las fotografías que constantemente enviaba la «Tierra I».

—Eso no lo sabremos desde aquí, colegas. La única solución es volver a intentarlo.

—¡No pienso sacrificar a otro hombre!—arguyó Clarke, crispados sus nervios por el fracaso.

Alexander Sodaro observó a todos los reunidos y, tras unos momentos de meditación, expuso:

—Yo soy únicamente el inventor de la máquina que nos ha transmitido el pensamiento del astronauta. Pero les daré mi opinión al respecto.

»Tenemos un hombre en Jefn, que no ha muerto. Quizá esté dominado por otros seres o contagiado de algo maligno. Eso no lo

sabremos hasta que ese hombre regrese a Plutón o a cualquier planeta de nuestro Sistema Solar.

»Una cosa es bien cierta, señores: Si no hacemos algo por Soal, éste morirá, posiblemente, de inanición.

»De ustedes depende la vida de un hombre y el aclarar un misterio que un día u otro tendremos que resolver. En mi opinión, no podemos quedarnos de brazos cruzados —concluyó el científico.

Sus palabras tenían una lógica que no podía ser eludida por la conciencia de nadie.

¡Ni por la ciencia misma!

¡No se podía dejar a un hombre, que había arriesgado su vida por la Humanidad y su progreso, abandonado en vida, en un planeta en el que yacerían sus restos para siempre!

—Estoy de acuerdo con usted, profesor; creo que se debe intentar algo… ¡y pronto! —habló otro de los científicos.

Arthur Clarke enarcó las cejas y dio rienda suelta a la respuesta que ya tenía preparada.

—Piensen una cosa, que para intentar la salvación de ese hombre, muy apreciado por mí, a propósito, tenemos que arriesgar las de otros seres.

—Sin embargo… —trató de decir Sodano.

—Le ruego que me permita explicarme —le interrumpió Clarke, quien tragó saliva repetidas veces—. Todos han visto la forma en que Soal ha dejado de pensar, y todos saben que el cerebro humano piensa siempre; ¡que sólo se detiene cuando el corazón deja de latir! En pocas palabras, que el cuerpo ha muerto.

El interés se acentuó en los prodigiosos cerebros de aquellas personas, mientras callaba un momento.

Ya era viejo y la excitación del instante había sido un golpe muy fuerte para Clarke.

Se humedeció los labios y añadió:

—Ahora bien, en este caso las cosas han cambiado rotundamente. El cuerpo vive y la mente parece muerta…, o dormida.

»Si enviamos a otras personas y les ocurre lo mismo, ¿quién salvará a éstas entonces?

»Los medios materiales no nos importan. Tenemos astronaves suficientes para abarrotar Jefn, pero los hombres no son máquinas.

—Podemos mandar animales —intervino otro hombre, creyendo

tener la solución.

Recibió unas miradas incendiarias, que lo apabullaron.

Arthur Clarke le espetó:

—¿Y cómo piensa recibir sus pensamientos? ¿Ha hablado usted con un mono, por ejemplo?

El hombre, de unos cuarenta años, enrojeció para más tarde palidecer notablemente.

—Perdonen..., no había pensado mis palabras —farfulló, retirándose azorado.

—Puede quedarse, Cock; todos comprendemos su estado de ánimo y nos hacemos cargo —quitando importancia al fallo del científico.

El auxiliar llegó en aquel momento con varias fotografías recién recibidas.

Los hombres las tomaron con manos ansiosas.

¡Soal Lander estaba allí, en el mismo sitio, inmóvil como una estatua de piedra!

La cámara fija estaba instalada en la proa de la astronave, por lo que tomaba a Soal casi sobre la cabeza de éste.

Todas eran idénticas. ¡El astronauta no se movía ni un centímetro!

—Lleve una copia de cada placa al laboratorio para que las analicen. Que usen rayos infrarrojos y el detector de dimensiones diferentes a las nuestras. Pueden ser invisibles a nuestro foco visual —ordenó Arthur secamente.

—Sí, señor.

El auxiliar se alejó rápidamente.

La vida a bordo de la Base Interestelar había quedado paralizada, en espera de órdenes

Jill Parkinson, pasados los primeros y angustiosos momentos, retiró su mano de la de Hugo, al mismo tiempo que decía:

—¿Qué piensa usted de eso, Kreyssler?

El joven contestó:

—Opino lo mismo que el profesor Sodaro: No podemos dejar que ese hombre tenga una muerte tan horrible. Sabemos que no le faltará oxígeno, puesto que el tubo que le une a la «Pe—O» le suministra también aire respirable, pero llegará un momento en que morirá por falta de alimentos.

»Tampoco se puede hacer regresar la astronave por control remoto, ya que el fuego que despiden los cohetes acabaría con su vida, abrasándolo.

»¿Y cuál es su opinión?

La muchacha abrió sus hermosos ojos y replicó:

—Yo no soy científico, Kreyssler; simplemente, una astronauta. Es mi planeta, porque nuestros sexos reaccionan de modo diferente según los planetas.

—Sí, ya sé que en Mercurio no pueden vivir las mujeres.

—Pues como astronauta le diré que no me gustaría estar en el pellejo de Soal, ni tampoco que me dejasen abandonada a una muerte cierta.

Hugo vio tanta decisión en las palabras de ella que llegó a sentirse más pequeño que Jill.

¿Qué haría él si tuviera que ir a salvar a otro sabiendo que tenía casi todas las posibilidades de morir a su vez?

Imposible de contestar hasta que llegase el momento decisivo.

Una instintiva curiosidad le hizo desear hacer el viaje hasta Jefn y desentrañar los misterios que entrañaba.

—Me gustaría ir a ese planeta, Jill —dijo.

—También yo, Kreyssler; hay un compañero a punto de morir. No podemos olvidarnos de ello —manifestó Jill.

Una corriente de simpatía unió a ambos jóvenes, aunque sabían que todo eran meras palabras.

Sin embargo, el destino, con sus misteriosos e insospechados lazos, podía unirles en aventuras insospechadas.

El tiempo diría la última palabra, mientras... ¡un hombre agonizaba en un planeta llamado Jefn por los terrestres!

¡A miles de millones de kilómetros!

* * *

—¡Señorita Parkinson! —llamó Arthur Clarke, interrumpiendo a los dos jóvenes.

—Perdone un momento, Kreyssler —dijo la muchacha.

Y se separó del ingeniero.

Paul Burke estaba hablando con el jefe de la Base, cuando Jill llegó junto a ellos.

Hugo Kreyssler escuchó las últimas palabras del hombre de

ciencia.

—Pasen por mi despacho dentro de diez minutos. Tengo que hablar con ustedes dos.

Los dos astronautas respondieron afirmativamente. El europeo pensó, adivinó mejor dicho, lo que iba a suceder:

¡Jill Parkinson y Paul Burke iban a ser enviados al planeta verde! La forma de hablar de Clarke no ofrecía lugar a dudas.

Sin saber por qué, el joven se arrepintió de haber charlado sobre el asunto con la mujer. Creyó que la había inducido a querer ir a Jefn y no fue ésta su intención.

Sabía que nadie podía obligar a los dos astronautas a realizar el intento de rescate. La misión habría de ser voluntaria.

Fue junto al profesor Sodaro, quien permanecía con el auricular pegado a la oreja.

El hombre tenía plena confianza en su «Pe—O». Por medio de ella podían saber si Soal Lander continuaba con vida.

—¿Alguna noticia, profesor? —preguntó el joven.

—Ninguna, Kreyssler; ese planeta está rodeado de un misterio que no podremos aclarar desde aquí.

—De eso mismo quería hablarle.

—Diga, Hugo, le escucho.

—Quiero ir a Jefn —dijo el joven, sin más preámbulos.

—¿Cómo ha dicho?

—Ha oído bien, profesor; es mi deseo hacerlo. Tengo los suficientes conocimientos para llevarlo a cabo —insistió Hugo.

—Pero éste no es su puesto, ingeniero. ¡Nosotros debemos ocuparnos de la «Pe—O»!

—Recuerde que sobre nosotros pesa mucha responsabilidad. Cabe la posibilidad de que su invento no funcione como es debido y haya perjudicado la mente de Soal.

El rostro de Sodaro se descompuso.

—¡No diga estupideces!

—Le ruego que se calme, profesor; nos están escuchando —pidió el joven, señalando a los demás científicos.

En efecto, todos los reunidos los miraban extrañados por las altisonantes palabras de Alexander.

—Hablaremos más tarde sobre el asunto, Kreyssler —dijo el africano, bajando la voz.

Arthur Clarke había salido de la estancia, y Hugo vio que Jill y Burke se disponían a hacer lo propio.

Se dirigió hacia la muchacha.

—Jill, le deseo suerte —dijo.

—No lo entiendo, Kreyssler —replicó la muchacha.

—Sé que se proponen ir a ese planeta verde, mi deseo es que regresen pronto.

Ella notó la ansiedad en las palabras del europeo e, interiormente, se sintió muy halagada.

—Gracias, Hugo; pensaré en usted.

Después, la pareja de astronautas fue hacia el despacho del jefe de la Base.

¡Su primer paso hacia las estrellas!

CAPÍTULO IV

En la cúspide de uno de los edificios más altos de Nueva Brasilia, un hombre de piel amarilla y ojos oblicuos observaba con unos poderosos prismáticos el cielo de Plutón, a través de la cúpula transparente que cubría la ciudad.

Ojeaba la superficie helada del planeta con gran interés, como esperando la visita de alguien.

Este alguien no tardó en aparecer en el foco visual de los binoculares.

—Ya están aquí, Saling.

La cabeza de un hombre blanco asomó por una de las entradas del edificio.

—¿Estás seguro de que son ellos, Tajima? —preguntó.

—Sí, vienen en el autobólido de la Base Interestelar. Prepárate para darles la «calurosa» bienvenida que se merecen.

Jack Saling escondió la cabeza y dijo:

—Estaré abajo. Cuando veas que llegan al astropuerto, baja tú también.

—Descuida.

El tipo que vigilaba el cielo de Plutón, permaneció en aquel punto, hasta que el autobólido de la Base se posó en la pista de aterrizaje. Luego, bajó por el camino que había seguido su compañero.

Una vez en la parte baja, se encaró con el otro.

—¿Lo tienes todo preparado?

—La duda ofende, Oda Tajimo —masculló el individuo. Y añadió —: ¿Qué hora tienes?

—Las catorce cincuenta, tiempo terrestre —respondió el asiático.

—Nos quedan diez minutos justos para cumplir el «encargo». Recuerda que debemos ser puntuales.

—Diez mil «pavos» bien valen un poco de memoria.

—¡Con esa suma nos pasaremos unas vacaciones imponentes! —corroboró Saling.

Los dos sujetos sacaron algo de debajo de sus ropas. Cualquier persona que no fuera una neófita en cuestiones del bajo mundo, hubiese conocido los objetos como dos pistolas eléctricas, un poco

anticuadas, pero de terribles efectos.

Según la presión que se hiciese en el gatillo, se podía adormecer a un hombre, o matarlo.

El lugar donde se hallaban quedaba justo entre el astropuerto y la residencia del personal de la Base. Cualquiera que fuese de uno a otro de esos dos puntos debería pasar por allí.

—Ten cuidado con el gatillo, Saling; que te gusta mucho apretar a fondo y no podemos echar a perder el trabajo.

¡No pensaban matar! Aunque algo bueno tampoco. Sus actitudes lo demostraban claramente.

Ambos se apostaron en la entrada del edificio. A aquella hora, las calles no estaban muy concurridas.

Todo parecía favorecer sus planes.

* * *

—Será mejor que vayamos, a la ciudad, Kreyssler; revisaremos unos apuntes sobre el funcionamiento de la «Pe—O» —habló Sodaro.

—De acuerdo, profesor.

Se hallaban en el aeropuerto de la Base, a punto de subir en uno de los autobólidos.

Hugo miraba en torno suyo, impaciente a todas luces.

—¿Qué le sucede, ingeniero, espera a alguien?

—Sí, señor; quería ver a la señorita Jill.

—Le gusta la muchacha, ¿no es así? He de reconocer que tiene muy buen gusto. ¡Es toda una belleza! Lástima que haya escogido un oficio tan peligroso. Una mujer no debería ser astronauta, y mucho menos de pruebas —indicó el científico.

—De haber conocido antes a Jill, quizá no hubiese permitido que tomara esa profesión, pero, claro, eso es hablar de más...

—Ya comprendo su interés por ir a Jefn. No la quiere dejar sola —continuó el profesor.

—No es sólo eso; la «Pe—O» me preocupa mucho también. Si tuviésemos algún fallo y el perjudicado fuese yo, por ejemplo, no pasaría nada. Pero si uno de los astronautas sucumbe, ningún otro querrá probarla. ¿Comprende?

—Así es, Kreyssler —afirmó Sodaro—. Reconozco su interés por «nuestro» invento y no puedo por menos que sentirme satisfecho.

—Sin embargo, confío plenamente en la «Pe—O». Lo que le ha ocurrido a Soal debe ser producto de algo que existe en ese planeta.

Jill Parkinson y Paul Burke aparecieron en la pista. Hablaban entre sí y en sus rostros se reflejaban los pensamientos que los embargaban.

Al ver al científico y al ingeniero apresuraron el paso, alcanzándolos en pocos segundos.

—¿Nos esperaban? —preguntó la bella astronauta.

—Así es, Jill —dijo Hugo—. ¿Alguna novedad?

—Partimos dentro de ocho horas. En estos momentos ya deben estar preparando la «Tierra II».

Al concluir aquellas palabras, los ojos de Jill fueron hasta los de Hugo. La mirada que cambiaron revelaba muchas cosas.

—Estoy procurando el poder ir con vosotros —explicó el joven.

—¿Por qué, Hugo? ¡Es una locura! —objetó ella. Había palidecido al comprender las intenciones del ingeniero y añadió—: ¡Con dos que se arriesguen, ya hay bastante!

—Mi decisión es irrevocable, Jill… Me interesas tú y la «Pe—O».

Aquello suponía una declaración amorosa.

Sodaro y Burke carraspearon, pensando que eran un estorbo. Iban a distanciarse de los jóvenes, cuando un autobólido tomó tierra en la pista.

—Son los mecánicos que están dando los últimos toques a la «Tierra II» —declaró Burke, al conocer a sus ocupantes.

—Te esperaré hasta el último momento, Hugo —murmuró Jill.

—¿Por qué dices eso? Todavía tenemos tiempo de vernos.

—No, Kreyssler; esos hombres vienen a buscarnos a Paul y a mí. Debemos estar presentes cuando se ultimen los últimos detalles.

La muchacha pareció tener el don de la transmisión de pensamiento. Dos hombres con trajes de vacío y las escafandras bajo el brazo avanzaron hacia ellos directamente.

—Los necesitamos junto a la astronave —dijo uno de ellos, refiriéndose a Paul y Jill.

—Ya venimos —respondió el astronauta.

Éste se despidió de Sodaro, y luego, se aproximó a los dos jóvenes.

—Me gustaría que nos acompañara, Kreyssler. Jill y yo tendríamos un viaje más animado, ¿no es así, Jill?

—Desde luego, Paul.

La muchacha estaba azorada. Todo había sido muy repentino, aunque las circunstancias habían obligado a Hugo a decidirse.

—Espérame en la nave, Jill; antes de esas ocho horas estaré allí —dijo Kreyssler, muy seguro de sí mismo.

—Hasta luego, Hugo —susurró la muchacha, antes de dar media vuelta y alejarse hacia el autobólido de la base de lanzamiento.

Sodaro vio que su ayudante se había quedado muy serio. Hugo sabía que era muy probable el poder hacer ese viaje.

El científico decidió premiar el interés del joven intercediendo por él cuando hablase del asunto con Arthur Clarke.

Así lo manifestó a Arthur Kreyssler.

—Gracias, profesor; sabía que usted me echaría una mano —respondió el ingeniero sumamente contento.

—No me lo agradezca, sus palabras sobre la «Pe—O» me han convencido de que cabe la posibilidad de un error por nuestra parte. Si usted está dispuesto a correr los riesgos de ir a Jefn, yo le ayudaré.

—¡Lo estoy deseando con todas mis fuerzas, profesor!

Sodaro sonrió. La ciencia podía hacer adelantos fantásticos, verdaderos prodigios, pero el corazón humano siempre sería el mismo:

¡Vulnerable a los sentimentalismos!

—Será más conveniente que regresemos a la ciudad, Hugo. Desde allí hablaré con Arthur Clarke y acabaremos cuanto antes la clasificación de las anotaciones dadas por la «Pe—O». Me he traído una de las cintas magnéticas con todas las sensaciones de Soal Lander grabadas en ella. Las estudiaremos muy a fondo.

—Sí, profesor; tiene razón —asintió Hugo.

* * *

Después de salir del astropuerto de Nueva Brasilia, los dos hombres se encaminaron a la calle que conducía a la residencia. Tomaron una de las aceras rodantes, o «alfombras» como las había bautizado Jill Parkinson.

Por pura casualidad, Kreyssler miró su reloj de pulsera. Eran las catorce cincuenta y dos.

Caminaban con toda tranquilidad, sin saber que dos individuos

les estaban siguiendo los pasos.

Hugo fue el primero en notar algo extraño. Instintivamente, volvió la cabeza para mirar a su espalda.

Apenas había culminado aquel gesto, cuando algo frío y duro se posó en sus riñones.

—Camine sin llamar la atención...

El joven obedeció al tipo que había aparecido a su lado. Vio que otro caminaba junto a Sodaro y se imaginó que había de ocurrirle lo mismo que a él.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Cierra la boca y obedece. Tú no nos interesas y te podemos freír con toda tranquilidad, ¿no es verdad, compañero?

—En efecto, Tajima; en cuanto veas la ocasión, lo envías a otra dimensión, como suelen decir estos cerebros —se burló el otro.

—Creo que se equivocan, señores —objetó el profesor, inquieto por la presencia de los dos sujetos.

—No profesor Sodaro, inventor de la prodigiosa «Pe—O».

Las palabras del esbirro hicieron que el científico palideciese.

¡Sólo científicos y hombres del Gobierno Central que mandaba el Universo conocían su descubrimiento!

—¿Cómo saben ustedes eso? —exclamó Sodaro.

—Listos que somos —volvió a burlarse Saling.

—¡No les hagamos caso, profesor!—dijo Kreyssler.

El joven miró en torno suyo. Algunas personas caminaban por la calle, sin percatarse de lo que les ocurría a los dos hombres.

Hugo empezó a buscar una salida de aquel atolladero. No podía consentir que dos tipos, mandados por alguien con afán de poder, los raptase, para someterlos a sus caprichos.

Sintió que el asiático había aflojado la presión del arma sobre su cuerpo. Conocía aquella clase de pistolas y sabía que podían electrocutarlo, dejándolo convertido en un pedazo de carbón.

Se decidió por correr el riesgo de pasar al ataque.

De reojo, intercambió una mirada de inteligencia con el profesor. Éste parecía muy asustado; no era hombre de lucha.

Kreyssler hizo ver que daba un traspié y caía.

—¡Maldito! —rugió el llamado Tajima.

El joven se había encorvado hacia delante, movimiento que aprovechó para aferrar una de las piernas del asiático y hacer que

éste cayese de bruces al suelo.

Tajima lanzó varias maldiciones y trató de poner el arma en posición de tiro.

Estaba dispuesto a disparar contra el ingeniero, apretando el gatillo al máximo, pero Saling se le adelantó.

Una especie de rayo salió de la pistola del americano y el cuerpo de Kreyssler se contrajo en incesantes convulsiones, retorciéndose y rebotando en el suelo como una pelota.

—¡Bravo, Jack! —dijo Tajima, poniéndose en pie.

—¡Levántalo, imbécil; ¿no ves que no está muerto? —increpó el que había disparado.

El asiático fue hasta Hugo y lo tomó por los brazos. Incluso el pistolero sintió los efectos de las descargas, pero sabía que ya eran inofensivas por completo.

Alexander Sodaro estaba pálido como un cadáver, aterrorizado como un niño indefenso.

Tajima puso derecho el cuerpo de Hugo y todo pareció volver a la normalidad, pues los cuatro hombres continuaron su camino por la calle rodante como si nada hubiese sucedido.

¡Nadie se había dado cuenta!

—¿Por qué no lo has matado? —escuchó Hugo que decía el asiático—. Nos hubiéramos evitado un estorbo.

—No seas estúpido, Oda. Si llevamos un muerto con nosotros, la gente no tardaría en darse cuenta. ¿O es que les enseñarías algo deforme y carbonizado, diciéndoles que era tu amigo?

Hugo, pasados los últimos efectos de la descarga eléctrica, volvió a estudiar la situación.

No había duda de que aquellos tipos querían la persona del profesor. La suya no les importaba en absoluto, como había podido comprobar.

A la próxima intentona lo matarían. ¡Porque Hugo Kreyssler no iba a estarse cruzado de brazos!

—¿Adónde nos llevan? —quiso saber Sodaro.

—Sólo usted nos acompañará, profesor. Su ayudante hará un viaje largo… muy largo.

—Será mejor que me matéis cuanto antes, esbirros, porque no pienso daros un segundo de respiro —aulló el joven, sintiendo que la rabia de verse acorralado crecía dentro de él por momentos.

—Ya te llegará el momento, hijito —respondió Saling.

Una sonrisa asesina curvó los labios del individuo al decir aquello.

En la ciudad no lo matarían, por la sencilla razón de que corrían el riesgo de verse descubiertos. Lo harían en otro lado... Pero ¿dónde?

Hugo pensó también en el profesor. A él no lo matarían, pues lo querían para otras cosas. Quizá para fabricar una «Pe—O» en otro planeta para alguien que no se detenía en medios para conseguir poder.

Sumido en aquellas preocupaciones, siguió el camino de los otros tres.

Cruzaron casi toda la ciudad, hasta llegar al lugar donde las astronaves de suministro se detenían. Habría allí unas veinte. Todas diferentes.

Cientos de robots y algunos hombres se encargaban de distribuir las mercancías y colocarlas en los muelles. Cada humano tenía a sus órdenes a cincuenta «estibadores mecánicos», los cuales se movían de un lado para otro, silenciosos, llevando la carga correspondiente en sus brazos de acero.

Cuando los cuatro hombres hubieron llegado a las inmediaciones del astropuerto, alguien salió a recibirles.

Era un hombre alto, de recia musculatura y cabellos rubios. Europeo seguramente.

—Habéis cumplido bien el «encargo», muchachos —dijo, al ver a Hugo y el científico.

—Nosotros cumplimos siempre bien —alardeó Saling.

—Así me gusta. Bueno, llevad a ese —señaló a Kreyssler— a la astronave que hace la línea Plutón—Neptuno—Urano. Ya lo están esperando y saben lo que han de hacer con él.

—¿Y el otro? —inquirió Tajima, refiriéndose a Sodaro.

—De ése me encargo yo.

—Siendo así...

—No os preocupéis por él. Lo que interesa es deshacemos de ese ingeniero con aficiones de astronauta.

Hugo Kreyssler captó la alusión que había hecho el individuo, referente a su pretendido viaje a las estrellas. ¿Cómo sabía aquel hombre que él quería ir a Jefn?

¿Quién se lo habría dicho?

Una cosa era cierta para el joven: ¡Sus minutos estaban contados!

Casi adivinó lo que pensaban hacer con él. Le meterían en una astronave y, cuando se hallasen en el espacio abierto, lo lanzarían al vacío sin traje espacial.

La muerte sería instantánea.

El tipo que no había dado su nombre tomó al profesor por el brazo y tiró de él.

—¡Cuídese, Kreyssler, salve su vida! —recomendó Sodaro, al tiempo que el otro lo apartaba de allí.

—Ya has visto lo que le ha pasado a tu jefe —habló Saling en tono socarrón.

—Sí, lo he visto —replicó Hugo, mirando cómo el otro se llevaba el cuerpo inerte del profesor.

La pistola apareció en la mano de Tajima y el delgado cañón del arma apuntó a la cabeza de Kreyssler.

—Vamos, andando. Esta vez te mandaré al infierno —amenazó.

Hugo obedeció, seguro de que caminaba hacia la muerte.

Por más que pensaba no podía encontrar la manera de salir de aquel atolladero o de poder avisar a la policía. Le preocupaba más la vida del profesor que la suya.

Poco después, tras sortear gran cantidad de bultos y astronaves, llegaron a una de éstas. La mercancía se veía esparcida a su alrededor a la nave parecía estar a punto de despegar.

En el Sistema Solar no existían las astronaves militares. Al formarse el Gobierno Central, todos los ejércitos habían desaparecido, quedando únicamente el Cuerpo de Policía, dividido a su vez en varias ramas, y el «C.C.C.» (Centro Científico Conjunto), donde todos los científicos del Sistema ponían sus conocimientos al servicio del progreso.

Sin embargo, siempre había personas codiciosas que aspiraban a dominar el Universo. Prueba de ello era lo que les estaba ocurriendo a Hugo y Sodaro.

Al llegar al pie de la astronave, dos hombres, provistos de traje de vacío, salieron por la escotilla.

—Vamos, angelito, sube —ordenó Tajima.

Y señaló la escalerilla que conducía a la entrada de la astronave de transporte.

—Da recuerdos nuestros a los meteoritos del espacio —dijo Saling, mofándose.

Hugo se revolvió, dispuesto a largar un puñetazo al rostro del esbirro, pero el arma del tipo le apuntó al corazón.

—No te sulfures, hijito; tendría una gran alegría si pudiera convertirte en negras cenizas.

El joven apretó las mandíbulas para contener su furor y fue hacia la escalerilla. De momento, no podía hacer nada. Esperaría el más leve descuido, aunque éste no llegase nunca, como era de suponer.

Pensaba en Soal Lander y en Jill y Burke. Con el rapto del profesor Sodaro, la «Pe—O» perdía efectividad. Podía surgir cualquier anomalía y, si no estaban él o el profesor, los astronautas podían darse por perdidos.

¿Y Jefn, el planeta verde?

¡Iba a morir sin saber el final de aquel misterio! Si por lo menos se salvase Sodaro…

Hugo había empezado a subir por la escalerilla. La astronave debía estar a punto de partir.

Jill Parkinson lo estaría esperando hasta el último segundo, sin saber que, para entonces, ya estaría muerto… ¡flotando en el espacio y cadáver ya!

—¡Aligera esas piernas! —gritó alguien, desde arriba.

Kreyssler le lanzó una mirada venenosa, pero obedeció. Los de abajo debían de estar apuntándole con las pistolas.

CAPÍTULO V

Jill Parkinson y Paul Burke, vestidos ya con los trajes de vacío, se instalaron frente al cuadro de mandos de la «Tierra II».

¡Faltaban pocos minutos para la salida!

Los dos astronautas conocían la noticia de la desaparición de Hugo y Sodaro.

—Voy a llamar al jefe de la Base, Burke —dijo la muchacha, sin poder contener por más tiempo su incertidumbre.

—Apresúrate; pronto empezará la cuenta para el despegue —contestó Paul.

La muchacha presionó los mandos de la pantalla televisora y ésta se encendió al momento, apareciendo en ella la sala de mando de la Base.

—Deseo hablar con el profesor Clarke —indicó Jill.

El encargado de comunicaciones que había salido a la llamada de la astronave, manipuló en la centralita.

Pronto apareció en la pantalla la figura de Arthur Clarke, sentado en su despacho.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre.

—Quisiera saber si hay noticias de los desaparecidos.

Arthur Clarke debió de notar la expresión la expresión de angustia en el rostro de la astronauta, pues dijo:

—No se preocupe, señorita Parkinson; habrán sufrido algún percance o pueden haberse perdido en la ciudad, ya que no la conocen. De todas formas, he avisado a la policía y ya deben de estar buscándolos por todo Plutón.

—¡Insisto en lo que le dije antes! Algo grave les ha ocurrido. El ingeniero Kreyssler conocía nueva Brasilia... ¡y ya no son dos niños!

—Será mejor que se calme, Jill, aunque, si quieren, podemos aplazar la salida.

La muchacha se volvió hacia Burke. Una terrible duda se había apoderado de ella. ¡Un minuto de retraso podía significar la muerte de Soal Lander!

—Tú decides, Jill —dijo el astronauta.

La duda atenazó la mente de la muchacha. Con un rictus de amargura en el rostro, se decidió.

—Saldremos a la hora prevista.

—De acuerdo… Prepárense, que va a empezar «la cuenta atrás». ¿Han instalado los mandos automáticos de la «Pe—O»?

—Sí, señor.

—Entonces, ¡suerte! —deseó Clarke.

—Gracias, señor.

Jill cortó la comunicación. ¡El destino lo quería así! ¡Aquel simple, aunque peligroso, viaje a las estrellas se estaba complicando demasiado!

La luz de despegue, verde hasta entonces, fue cambiando de color paulatinamente. Primero, anaranjado; luego, tomó un rojo intenso.

¡Iba a comenzar la cuenta!

Burke, con gestos maquinales, comprobó los sistemas de seguridad. Todo estaba en orden.

No necesitaban cinturón de seguridad. Los adelantos modernos habían conseguido aislar la cabina de mando de tal forma que parecía un lugar aparte de la astronave.

En la zona de lanzamiento, todos los mecánicos y personal auxiliar se habían apartado prudencialmente.

Una voz robótica siseó:

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos —Burke tenía ya el dedo índice apoyado sobre el dispositivo de ignición de los motores propulsores—, uno… ¡cero!

Los dos astronautas vieron cómo parecía moverse el suelo de Plutón y pronto desaparecía de modo repentino.

El vehículo espacial emprendió un veloz ascenso hacia el cielo de Plutón, mientras Burke daba toda su potencia a los motores para atravesar la barrera de gravedad del último planeta del Sistema Solar.

Dos segundos más tarde, la «Tierra II» desaparecía en el espacio infinito… ¡rumbo a Jefn!

* * *

Llevaban diez minutos de viaje, cuando la luz de alarma se encendió en el cuadro de mandos.

—¿Qué ocurre, Jill? —preguntó Burke, que se había levantado del sillón giratorio y estudiaba el funcionamiento de las computadoras.

—No puedo precisarlo, Paul; pero me parece que alguien se acerca a nosotros.

—¡Por aquí no transitan astronaves! —exclamó el astronauta, sorprendido.

—Eso es lo que me preocupa —añadió la joven.

Los dos miraron por la pieza de acero transparente que tenían ante sí.

No vieron nada anormal: Estrellas que refulgían en la noche eterna del espacio y algunos meteoritos.

—Envía ondas magnéticas durante quince segundos, Jill; yo observaré los resultados de las computadoras del radar espacial.

—Como tú digas, Paul.

Ella obedeció lo indicado por Paul. Las ondas magnéticas tardaban muy poco tiempo en detectar cualquier cuerpo móvil, acelerado por máquinas o por inercia, y regresar al punto de partida. En este caso, la «Tierra II».

—Ya está, Jill. ¡Lo tengo! —gritó Burke, al divisar un punto luminoso en la pantalla de radar.

Acto seguido, las computadoras indicaron la distancia a que se hallaba la astronave extraña y el tiempo que tardarían en cruzarse con ella, pues sus trayectorias convergían.

—Dentro de tres minutos, trece segundos y ocho décimas pasará a nuestro lado —añadió el astronauta.

—¿Qué supones que sea? —inquirió Jill.

—No lo sé, aunque es bastante anormal.

—¿Serán seres de otra Galaxia?

—Ante la duda, lo mejor es prevenirse. Prepararemos las armas de a bordo —dijo Paul.

—Dios Santo, ¿en qué acabará todo esto? —se lamentó Jill Parkinson.

* * *

Hugo Kreyssler acabó de subir por la escalerilla y penetró en la astronave de carga. El tipo que le esperaba vestido con el traje espacial, y que empuñaba un fusil de rayos en las manos, le miró de arriba abajo con desprecio y musitó:

—Un poco joven para morir.

—Gracias, hijo de perra… —insultó Hugo, sin poder reprimir la

rabia que le invadía.

El sujeto no se molestó en devolverle el insulto o golpearlo, sino que quitó el seguro del fusil y se dispuso a mandarle un buen chorro de vibraciones.

Kreyssler se encogió instintivamente. Aquellos rayos penetrarían en su cuerpo y le desarticularían todos los huesos, convirtiéndolo en una piltrafa deforme.

Imposibilitado de hacer algo para salvarse, vio cómo el otro se disponía a disparar.

—¡Quieto, Ferreiro! —exclamó alguien a espaldas de Hugo.

—¿Qué más da matarlo ahora o dentro de cinco minutos? —preguntó el tipo al que había hablado.

Kreyssler se volvió también hacia aquel punto y vio a un hombre de unos cuarenta años, moreno y de rasgos latinoeuropeos. Todo su rostro denotaba una increíble dureza.

—¡He dicho que lo dejes! —barbotó.

El que estaba en la entrada de la nave bajó el fusil y ahogó una exclamación de protesta.

Por un instante, el joven ingeniero había creído tener alguna posibilidad de salvación, pero las palabras que a continuación dijo el que parecía ser el jefe o capitán de la astronave de transporte, le convencieron de lo contrario:

—No quiero problemas inútiles. Cuando estemos en el espacio, se le da un empujoncito y todo resuelto. Ahora llévalo a una de las bodegas.

—Sí, capitán.

—¿Puedo saber por qué tanto interés en hacerme desaparecer? —preguntó Hugo.

—A alguien de este planeta no le resultas demasiado simpático y nos ha pagado por dejarte en el espacio —contestó el capitán, por toda explicación.

Sin embargo, para Kreyssler era más que suficiente. Empezaba a entrever la verdad de todo aquello, ¡por increíble que ésta pareciese!

—¿Y cómo se llama ese hombre?

—¿Para qué lo quieres saber? Una vez muerto no te servirá de nada.

—Sería una tranquilidad interior para mí —añadió Hugo, tratando de sonsacar al capitán.

Éste lanzó una gruesa risotada que atronó el ámbito, contagiando al llamado Ferreiro.

—¿Tú entiendes eso, Ferreiro?... ¡Dice que morirá más tranquilo si sabe el nombre del que lo ha mandado matar!

—Estos tipos son más raros que los habitantes de Mercurio... —corroboró el del fusil—. ¡Yo me moriría de rabia de no poder apretarle el cuello antes de morir!

Hugo pensó en aprovechar la ocasión. Sin embargo, prefirió esperar a que la astronave se pusiese en marcha y todos sus tripulantes anduvieran ocupados en los mandos.

¡Se jugaría el todo por el todo cuando llegase el momento oportuno!

Los dos indeseables se calmaron al poco rato. El capitán miró a su esbirro y ordenó:

—Llévalo donde te dije antes y cuida de que no intente nada malo para su salud.

—Sí, capitán... ¡Andando!

Hugo caminó hacia el lugar que le señalaba el llamado Ferreiro con el fusil: Una escalera en espiral que conducía a las entrañas del transporte.

El otro le seguía los pasos a no más de dos metros de distancia, sin dejar de encañonarle.

A través de pasillos estrechos y escaleras llegaron a una de las bodegas. La astronave iba vacía y sus depósitos de carga eran enormes, parecidos a interminables hangares.

Por unos micrófonos que Kreyssler no vio, resonó una voz, que debería pertenecer al jefe de vuelo:

—¡Atención a toda la tripulación: despegamos dentro de veinte segundos!

Ferreiro miró a Hugo y le dijo:

—Ponte uno de los cinturones que hay a tu espalda, si no quieres morir antes de hora.

El joven dio media vuelta y vio lo que le indicaba su guardián. Unas gruesas tiras de cuero estaban adosadas a las aceradas paredes de la bodega.

Tomó una de ellas y se la pasó alrededor de la cintura, mientras su mente empezaba a forjar un plan de evasión. Sabía que, de no colocarse el cinturón de seguridad, podría morir aplastado en una de

las sacudidas de la astronave al despegar.

¡Pero era su única oportunidad!

Por el rabillo del ojo, observó con anhelo cómo el del fusil, al verle sujeto por el cinturón, se proponía a hacer lo propio con otro que había junto a Hugo.

Por una décima de segundo había descuidado la guardia.

Kreyssler hizo presión en la hebilla de seguridad, soltándose, y se lanzó en plancha sobre el otro.

Ferreiro, imposibilitado de momento, no pudo repeler la agresión. Sin saber apenas de dónde procedía, un puño duro como el granito se estrelló contra su sien derecha, atontándolo.

Hugo vio que el fusil había caído de las manos del otro y lo tomó al vuelo. Había creído a Ferreiro fuera de combate y se equivocó por completo. La noticia de ello la tuvo en forma de una patada en la boca del estómago.

Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones y tuvo que hacer un esfuerzo para poder respirar.

El transportista interplanetario se había soltado del cinturón y saltaba sobre Kreyssler. Éste lo vio venir, se ladeó y, con la culata del fusil, propinó un golpe bestial en la mandíbula de Ferreiro.

El que poco antes saboreaba la muerte de Hugo ya no resistió más. Se desplomó como un fardo sobre el suelo metálico y quedó allí, completamente inerte.

El lugar donde habían sostenido la pelea era un ligero descansillo, al borde mismo de la bodega; ésta se hallaba a más de veinte metros de profundidad.

Hugo presintió el peligro. Se lanzó como una flecha hacia el cinturón de seguridad y se aferró a él como a una tabla de salvación.

¡La astronave despegó del suelo en aquel preciso instante!

El joven sintió un fuerte tirón y aguantó con todas sus fuerzas. Le pareció que el cinturón se le iba a escapar, pero soportó la sacudida.

Usando todos los músculos de su cuerpo, consiguió izarse hasta pasar por su cintura el cuero de seguridad.

Sabía que, en cuanto la astronave se nivelase, corría peligro de caer al fondo de la bodega y matarse. El fusil se le había escapado de las manos, aunque no le importó demasiado.

De momento, era mucho más importante su pellejo.

Acababa de tener este pensamiento, cuando todo empezó a

inclinarse hacia un costado.

Ferreiro y el fusil resbalaron hasta el borde del descansillo y cayeron al fondo de la bodega.

Hugo escuchó el sordo golpe del cuerpo humano al chocar allá abajo y también el metálico del fusil. Ferreiro acababa de encontrar lo que merecía un hombre de su calaña... ¡La muerte!

Una vez que la astronave quedó nivelada totalmente, el ingeniero se quitó el cinturón de seguridad y, aferrándose a los pasamanos de las paredes de acero, se situó en la escalera circular que bajaba al fondo de la bodega.

Descendió por ella hasta el final y fue a tomar el fusil. Al tomarlo comprobó que no había sufrido graves desperfectos.

No había sucedido lo mismo con el tripulante. Había caído de cabeza, y un gran charco de sangre a su alrededor era prueba de su muerte.

Hugo lo prefirió así. De otra manera, quizá hubiese tenido que matarlo y él no había acabado con la vida de nadie... hasta la fecha.

Después de asegurarse del buen funcionamiento del arma, volvió a subir por las mismas escaleras.

No sabía el número de tripulantes de la astronave, ni tampoco si todos ellos conocían los insanos deseos de su capitán y Ferreiro.

De momento, no confiaría en nada ni en nadie. Había sufrido un atentado muy serio y casi sabía quién había pagado para que lo matasen.

No tardó en llegar al lugar donde había sostenido la pelea con el que ahora estaba muerto. De allí, fue hasta la entrada de la bodega. Tenía que encontrar a los demás y reducirlos.

Su plan no acababa con salir de allí. Había pensado en algo mucho más descabellado... ¡Y no podía perder ni un solo segundo!

De pronto, un tipo de fisonomía asiática apareció ante él. El hombre abrió la boca para dar la alarma y, al mismo tiempo, hizo un movimiento para escapar.

Hugo cortó todos sus deseos, propinándole un golpe con el fusil en las fosas nasales. El sujeto trastabilló unos pasos, y el joven le tomó por un brazo y se lo retorció a la espalda.

—¡Me lo va a romper! —protestó el individuo, entre gruñidos de dolor.

—No, si te portas bien.

—¡Yo no sé nada! —arguyó el otro, mientras trataba de desasirse de la llave.

—Todavía no te he preguntado, protestón —dijo Kreyssler, añadiendo a sus palabras un buen golpe en las costillas del asiático.

Éste lanzó un alarido de dolor y se desplomó. Hugo le apuntó con el fusil.

—Ardo en deseos de disparar. ¡Así que contesta a lo que te pregunte!

—¡Sí…, sí! —balbuceó el caído.

—¿Cuántos hombres hay en la astronave?

—Nueve, contando al capitán.

—Muy bien, ahora dime por qué estoy aquí.

El otro, con el terror reflejado en el rostro, pareció no atreverse a hablar.

—¡Vamos, dilo! —urgió Kreyssler.

—Sólo sé que el capitán recibió dinero por dejarlo en el espacio.

—¿Seguro?

—Sí, se lo juro.

Al joven le pareció que el hombre decía la verdad. Además, aquellos tipos no denotaban tener una inteligencia como para estar involucrados en algo más importante.

—¿Dónde está los otros tripulantes?

—En la cabina de mando y en la bodega de proa.

—¿Por dónde se va a esa bodega?

—Siguiendo ese pasillo…

—Déjalo, será mejor que me acompañes. No me fío nada de ti.

Hugo indicó con un movimiento de fusil que se levantara y el hombre obedeció.

—No te separes o te convierto en combustible para una estufa de hace quinientos años —amenazó el ingeniero.

El tipo, en silencio, caminó por el lugar que antes señalara al joven. El trayecto duró bastante, y Kreyssler pensó que deberían haber atravesado toda la astronave, a juzgar por el tiempo que habían tardado en alcanzar la bodega de proa.

—Aquí es —dijo el tripulante.

Hugo vio una puerta de comunicación y cierre hermético, como las de los submarinos, y escuchó unas voces al otro lado. Miró su reloj. Cada segundo que pasaba era una posibilidad menos de

conseguir lo que se proponía.

Asomó la cabeza lentamente y observó que unos hombres, tres en total, se afanaban en cambiar unos bultos de sitio.

Aferró rápidamente al asiático de las ropas y lo empujó dentro de la bodega.

—¡Se ha escapado! ¡El preso ha...!

Hugo escuchó los gritos de alarma del individuo, pero no se inmutó. Con gestos veloces, cerró la escotilla de la bodega y puso los cierres herméticos.

Luego, pues suponía que la escotilla se podría abrir por el otro lado, apuntó con el fusil a las junturas y disparó una corta pero fortísima descarga.

Un fogonazo muy brillante le cegó unos instantes y tuvo que apartarse para no ser alcanzado por las chispas de la descarga. Cuando pudo ver con claridad, observó que un trozo de acero se había fundido, soldando la entrada con la sólida pared.

¡Los hombres que habían quedado encerrados tardarían mucho tiempo en poder salir de allí!

Y, para entonces, Hugo Kreyssler pensaba estar muy lejos de aquel punto, a millones de kilómetros.

Ahora, buscó la manera de orientarse. La cabina de mando debía de estar en la proa de la astronave, por lo que tendría que avanzar en la misma dirección.

Lo hizo sin más preámbulos...

—Orivesi, cuida de los mandos. He de encargarme de «apear» al polizón —ordenó el capitán al segundo de a bordo.

—Sí, señor.

Los tres hombres de la cabina vieron cómo su capitán se levantaba y se dirigía hacia las bodegas de popa... ¡Y también cómo quedaba lívido y la cara se le descomponía!

—Siento proporcionarle tantas molestias, capitán, pero he decidido continuar viaje. El espacio es muy solitario y me aburre —dijo una voz a espaldas de ellos.

—¡Ese Ferreiro...! ¿Cómo ha conseguido escapar? —barbotó el comandante de la astronave.

—Si hubiese despegado más despacio, yo continuaría prisionero y el idiota de su subordinado vivo —aclaró Kreyssler, esbozando una sonrisa de triunfo.

—¿Qué quiere ahora? ¡Cuando lleguemos a Neptuno lo dejaremos allí!

—No, capitán. Le he tomado gusto al juego y estoy decidido a llegar hasta el final.

—¡Oiga yo no sé de qué me habla! Me pagaron por dejarlo en el espacio, nada más...

—¿Supone que he de creérmelo? Puedo decir que actué en defensa propia y electrocutarlos a todos. Estoy en mi derecho..., ¿no le parece?

El indeseable capitán balbuceó algo incoherente, al comprender la firmeza que entrañaban las palabras de Hugo y trató de defenderse.

—¡Le daré todo el dinero que nos pagaron a nosotros! ¡La astronave...!

—Me ha de aclarar unas cuantas cosas.

—¡Yo no sé nada!

—¡Sí las sabe y me las dirá!... Pero antes quiero otra cosa —dijo Hugo, encañonando a todos con el fusil.

—¿El qué?

—¡Apártense de ahí! ¡Todos a la derecha!

Los cuatro tipos obedecieron, mientras temblaban de pies a cabeza. Una vez juntos en uno de los lados de la cabina, el joven presionó el gatillo del fusil, aunque dándole pocos voltios.

Los cuatro tipos se retorcieron y cayeron al suelo sin conocimiento. Acto seguido, el joven empezó a buscar un equipo de vacío.

¡Su descabellado plan empezaba a dar resultados!

CAPÍTULO VI

Los dos astronautas con destino a Jefn observaron en la pantalla de radar cómo se aproximaban a la astronave que les había salido al paso. Aunque no la veían, sabían claramente que, en menos de dos minutos, se iban a encontrar con ella.

Las velocidades de ambas les impedían verse hasta estar materialmente una encima de la otra.

De pronto, la pantalla televisora se iluminó y apareció en ella las figuras de dos seres humanos.

—¡Ven, Jill, nos llaman! —gritó Burke.

La muchacha, que estaba mirando unas computadoras, fue hasta el tablero de mandos. En aquel instante, Paul abría la comunicación y los dos oyeron una voz de hombre.

—¡No saben cuánto nos alegra verles! —dijo uno de los que los estaban mirando.

—¿Qué les ocurre? ¿Por qué están en esta órbita tan separada del Sistema? —inquirió Paul, desconfiado.

—Nos asaltaron cuando íbamos de Neptuno a Plutón y la dirección se nos estropeó —añadió el hombre, con expresión de terror en el rostro.

—¿Quién les atacó?

—Maleantes del espacio. Transportábamos succino y ya saben que eso se paga más caro que el oro.

—Está bien. ¿Y qué desean?

—Queríamos corregir nuestra dirección usando sus computadoras, si no les importa, claro.

Burke dejó de hablar con el capitán de la otra astronave y se volvió hacia Jill.

—¿Qué hacemos? —quiso saber.

—Lo que tú creas más conveniente, Paul. En la Base deben estar escuchando nuestro pensamiento y, si hubiera algún inconveniente, ya nos lo hubiesen dicho. ¿No crees?

—Tienes razón, Jill.

Paul se dirigió ahora al individuo que había en la pantalla y añadió:

—Reduciremos nuestra velocidad, mientras ustedes tratan de

situarse sobre nosotros. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente…, y muchas gracias. De no ser por ustedes, hubiésemos muerto perdidos en el espacio —dijo el hombre, forzando una sonrisa.

—¡Creí que los salteadores ya habían pasado a la historia, Jill! —comentó Burke.

—Siempre habrá maleantes. Para haber buenos, tiene que haber malos —respondió la muchacha.

—Sí, pero… —dijo Paul, no muy convencido.

Ambos dejaron a un lado la conversación. La nave averiada había aparecido antes de lo previsto, situándose sobre la «Tierra II» y a toda la velocidad de sus motores.

—Mira, Paul, ha salido un hombre de esa astronave.

—Iremos a la cámara de descompresión.

—Ve tú, Burke; yo me quedaré aquí con los mandos.

El astronauta se levantó, sin mucha agilidad a causa de su traje de vacío, y se dirigió hacia la salida de la astronave, por donde no tardaría en aparecer el capitán de la otra astronave.

Fue hacia el fuselaje y pulsó los mandos para que se abriera la compuerta exterior y el otro pudiese penetrar en la cámara.

¡Lo extraño del caso es que los visitantes eran dos!

* * *

—Recuerda que si te mueves más de lo debido no vacilaré en disparar. ¿Entendido?

—Sí, lo recuerdo —replicó el capitán de la nave de transporte.

Hugo Kreyssler, quien tenía el fusil bien empuñado, accionó los mandos para que se abriese la compuerta exterior de la cámara de descompresión.

Ésta tenía la suficiente capacidad como para albergar a cuatro hombres en total, por lo que Hugo pudo esconderse para que no le viese Paul o Jill.

Cuando ya la cámara había sido llenada de aire, la puerta se abrió, quedando Burke tras ella. El capitán de la astronave «averiada» penetró en la «Tierra II».

Ahora llegaba la parte más arriesgada del plan de Kreyssler. Sabía que la «Pe—O» estaba instalada cerca de la cámara.

Dando un poderoso salto, penetró en la astronave y fue hacia la

máquina transmisora del pensamiento. Tardó dos segundos en hacerlo y conseguir detener el funcionamiento de la «Pe—O».

Cuando se volvió, Burke tenía la cara descompuesta por el asombro. ¡Lo que menos esperaba era encontrar allí a Hugo Kreyssler!

El capitán de la otra nave quiso intentar escapar, y el joven tuvo que lanzarle una nueva descarga eléctrica, que lo dejó paralizado en el suelo,

Hugo se quitó la escafandra y se encaró con Burke:

—Hola, amigo... Aquí estoy, como prometí a Jill.

—Ya... ya lo veo. Pero no entiendo nada de todo esto —farfulló el astronauta, sin poder salir de su perplejidad.

—Ahora os lo explicaré todo. De momento, dejad las cosas como están... ¡Sin tocar nada en absoluto! Nuestras vidas dependen de que hagáis lo que os diga.

Jill Parkinson había aparecido junto a ellos. La sorpresa también había causado sus efectos en la muchacha, quien no podía pronunciar palabra alguna.

Hugo la vio, pero contuvo sus sentimientos y volvió a ponerse la escafandra.

Luego, tomó al capitán por las axilas y lo hizo penetrar en la cámara de descompresión. Cerró ésta, y, poco más tarde, los dos hombres surcaban el espacio, en dirección a la otra astronave.

Mientras, Jill y Burke empezaban a reaccionar, pasados los primeros momentos de sorpresa.

—¡Es inaudito! —exclamó Paul.

—¡Algo tenebroso debe haber detrás de todo esto! —dijo la muchacha.

Continuaban haciéndose un sinfín de preguntas, cuando Hugo regresó a la «Tierra II». En sus manos continuaba empuñado el fusil.

Cerró la cámara de descompresión y, acto seguido, fue hasta el tablero de mandos, seguido siempre por las miradas atónitas de los dos astronautas.

Hugo comprobó que la pantalla televisora no se había encendido para captar mensajes de la Base, pero sí había otro escrito en la receptora.

—Hugo, ¿quieres hacer el favor de decimos a qué obedece tanto misterio? —inquirió la joven en aquel instante.

—Esperad un momento —respondió el ingeniero, mientras leía el mensaje.

En él, Arthur Clarke quería saber inmediatamente por qué se había perdido el contacto con la «Pe—O» y no eran contestados sus mensajes.

—¡Por el amor de Dios, Kreyssler! —volvió a decir la muchacha fuera de sí.

Hugo fue al lado de sus dos compañeros y dijo:

—Atended a lo que os voy a decir. Es sumamente importante que hagáis lo que os digo.

—Di lo que sea…, ¡pero pronto! —urgió Paul.

—Yo conectaré la «Pe—O» de nuevo y me ocultaré, mientras vosotros entabláis contacto con la Base. Lo más importante es que hagáis el esfuerzo de no pensar en mí.

»Poned toda vuestra atención en los mandos, en los mensajes, ¡en lo que sea!, pero no en mí. Añadid que la «Pe—O» sufre algo similar a interferencias y que la otra astronave ya ha corregido su rumbo y sigue camino a Plutón.

»Más tarde, os daré toda clase de detalles de lo que ha ocurrido, aunque, de momento, lo principal es que no penséis en mi persona. ¿Habéis comprendido?

—Bueno… sí —habló Paul, indeciso—. Nosotros confiamos en usted, Kreyssler, y suponemos que sus motivos tendrá para hacer estas cosas.

—Sí… ¡Los tengo! ¡Hace apenas unas horas querían matarme los tripulantes de esa astronave!

—De acuerdo, Hugo —terció Jill—; haremos lo que nos pides, pero cuenta que puede ser nuestra perdición si estás equivocado.

—¡Dentro de cinco minutos os lo confirmaré!

—¡Manos a la obra, Jill! —dijo Burke—. Creo que Kreyssler tiene sus motivos. Procura no pensar en él. Recuerda cuando eras niña o lo que creas conveniente.

—Lo haré…

Hugo vio cómo los dos astronautas se dirigían a la cabina de mandos y ponía en funcionamiento todos los medios de comunicación con la Base. El joven accionó los mandos de la «Pe—O» y la máquina inventada por Alexander Sodaro comenzó a trasmitir a Plutón los pensamientos de Jill y Paul.

Oculto tras unas computadoras, el ingeniero observó cómo Jill se mordía el labio inferior para apartar los pensamientos que no debía transmitir y Paul se afanaba en dar una explicación a Arthur Clarke, que estaba en la pantalla de televisión.

Al poco, todo volvió a la normalidad. Burke había dicho que no comprendía lo que le pasaba a la «Pe—O» y en la Base parecieron quedar convencidos de ello.

Jill, con gran perspicacia femenina, preguntó si sabían algo de Hugo y Sodaro y la contestación fue negativa. La Policía Sideral estaba tratando de solucionar el caso.

Kreyssler volvió a cortar la transmisión de la «Pe—O», al mismo tiempo que Burke ponía los motores propulsores a toda velocidad.

¡No podían olvidar que Soal Lander continuaba en el planeta verde, llamado Jefn!

—Bueno, Hugo, ha llegado el momento de las explicaciones. Mi curiosidad ya no lo resiste más —habló Jill Parkinson, yendo hacia Hugo.

Kreyssler se había quitado la escafandra y, ante la estupefacción del astronauta, los dos jóvenes se besaron apasionadamente.

—¡Diablos, cada vez lo entiendo menos! —exclamó Paul.

En el momento en que Jill y Kreyssler separaron sus labios, se volvieron hacia él.

—Será mejor que tomes asiento, Paul. Y tú también, Jill. Lo que voy a contaros es muy difícil de creer —dijo Hugo, soltando la presión de sus brazos sobre los hombros de la muchacha.

Kreyssler comenzó a dar una explicación concreta de todo cuanto le había sucedido.

Sin embargo, Hubo varias cosas que prefirió callar…

¡El pensamiento humano es incontrolable! Y para el ingeniero era de vital importancia que muchas cosas no se supieran en la Base Interestelar de Plutón.

Quedaban muchos hilos pendientes de desenredar en aquel maldito embrollo. Uno de ellos era Soal Lander, perdido, ¡muerto en vida en Jefn!, y esperando imperturbable a la muerte.

Mientras Hugo satisfacía la curiosidad de los dos astronautas, la «Tierra II» continuaba, a velocidades hiperlumínicas, su viaje hacia lo desconocido.

A una distancia que aumentaba en millones de kilómetros a cada

segundo, quedaba la astronave de carga.

* * *

A bordo del autobólido espacial «Me—23», de la 5.ª Brigada de Policía, se recibió una insistente llamada de socorro, procedente de los confines del espacio.

—¡Teniente, una llamada de socorro! —gritó el encargado de las comunicaciones.

Un hombre de edad madura y vestido con el uniforme interplanetario se dirigió al lugar donde se hallaba el hombre que había dado la alarma.

—¿Qué ocurre?

—Teniente, he recibido una llamada muy extraña —dijo el policía. Y añadió—: Es incesante, como si le hubiesen puesto el automático, y proviene de un punto que no es surcado por nuestras astronaves.

—¿Serán tipos de otro planeta o Constelación? —inquirió el oficial.

—No, señor; el cifrado está en nuestra lengua. Deben de ser terrestres, quizá científicos, con alguna avería o aislados.

—Está bien; comunica la posición al piloto y dile que se dirija hacia ese lugar lo más rápidamente posible.

—Sí, señor.

El teniente meditó unos minutos sobre la anormal petición de socorro. Desde que patrullaba por el espacio, no había tenido ningún servicio en aquel punto, fuera de la órbita de Plutón y, por tanto, más alejado de los confines del Sistema Solar.

Escuchó el bramido de los cohetes del aparato que rugían al máximo de velocidad y se dirigió al puente de mando.

Una hora después divisaban la inmóvil figura de la astronave de transporte, quieta en la inmensidad del espacio.

El «Mo—23» describió varios círculos de exploración y, al final, se detuvo a escasos metros del gigante del espacio.

El teniente y tres policías más se vistieron los trajes de vacío y salieron al exterior. Encontraron la cámara de descompresión abierta y pudieron penetrar en la astronave con facilidad.

Por el número y nombre de ésta la reconocieron como perteneciente a la línea regular que recorría varios planetas del

Sistema Solar.

En cuanto llegaron a la cabina de mandos y encontraron los cuerpos inconscientes de su capitán y de tres tripulantes más, les fue imposible contener un gesto de asombro.

El comandante de la astronave era Mark Tyrrel, delincuente profesional, perseguido por la justicia desde hacía dos años.

También Ferreiro había pertenecido a otro grupo de delincuentes.

—¡Esto no nos lo esperábamos! —dijo el teniente, asombrado por el hallazgo.

—¡Y que lo diga, señor! —corroboró otro de los policías.

En aquel instante, apareció uno de los agentes que habían ido a inspeccionar el interior de la astronave. Traía el cadáver de Ferreiro.

—Teniente he encontrado a éste, muerto, y se oyen gritos en una de las bodegas. Parece que hay más hombres dentro, pero la entrada está soldada.

—¿Soldada?

—Sí, señor; por una descarga fortísima.

—¡Esto es asombroso! ¡Incomprensible…!

—Debieron de discutir entre ellos hasta eliminarse mutuamente —habló el agente que trajera a Ferreiro.

—No.

—¿Entonces?

—Me inclino más a creer que sostuvieron una pelea con alguien y que esa persona dejó conectado el dispositivo de socorro.

—La tripulación está completa, señor —insistió el hombre.

—¡Cualquiera sabe en el jaleo en que estaban metidos estos granujas! De todas formas, sea quien sea, nos ha hecho un favor muy grande. Para capturarlos a todos hubiésemos tardado años enteros.

—Voy comprendiendo su idea, señor; ahora recuerdo que la entrada a la cámara de descompresión estaba abierta —reconoció el agente, dando la razón a su oficial.

—Si…, alguien nos ha dejado el «paquete» para que nosotros lo recojamos.

—Esa persona dirá su nombre o lo habrá hecho por algo que nosotros no tardaremos en averiguar, teniente.

—Es de suponer que sea así, cabo; de lo contrario, sería incomprensible a todas luces.

—¿Qué hacemos con los de la bodega, señor? —inquirió el policía, recordando los gritos.

El teniente observó los cuerpos maniatados de los cuatro hombres que estaban en la cabina de mando y lanzó un suspiro de resignación. Si todos los trabajos fuesen tan sencillos como aquél, la policía vería reducida a la mitad el número de agentes que necesitaba.

—Déjenlos aquí. Están bien empaquetados y no se moverán. Cabo, vaya al autobólido y traiga un soplete.

—Sí, señor —respondió el aludido.

Cinco minutos después, regresaba con el soplete requerido. No era mayor que la palma de la mano de una persona, pero en su interior contenía el oxígeno y gas suficiente para una soldadura de horas.

Los policías fueron hasta la bodega y, tras denodados esfuerzos, consiguieron abrir la puerta de ésta.

Allí encontraron a los tres que faltaban. Los policías no cabían en sí de gozo. Para ellos, el hallazgo había sido como para un buscador de minerales interplanetarios encontrar un filón muy rico e inagotable.

—Ya no sé ni qué decir —exclamó el teniente.

—La verdad sea dicha, teniente: ¡Alguien lo ha hecho premeditadamente! —dijo el cabo.

—Sí, no hay duda..., pero... ¿quién habrá sido?

—Si pudiéramos hallar con la misma facilidad a los dos científicos desaparecidos, ¿eh, teniente?

—Esas desapariciones son todavía más extrañas. Se esfuman como tragados por Plutón, en una ciudad donde no puede quedar un palmo de espacio sin registrar. Aunque, tarde o temprano, aparecerán...

—¿Cree usted que hayan sido seres de otras Galaxias? Yo no me trago esas majaderías. ¡Vida no hay más que en el Sistema Solar!

—Sea lo que sea, ya lo sabremos. Ahora, debemos regresar.

—Sí, señor —respondió el policía soñador.

—Usted, cabo, con dos agentes más, llevará la astronave. Nosotros abriremos la marcha con nuestro autobólido.

—Como usted ordene, teniente.

—Si hay novedad, avíseme rápidamente —dijo el teniente, antes

de dirigirse a la cámara de descompresión y salir al espacio.

Una vez estuvo en su autobólido, emprendió el camino de vuelta, mientras seguía tras ellos la astronave de transporte.

Hugo Kreyssler estaba demostrando saber lo que se hacía. La policía le guardaría a aquellos tipos hasta su vuelta, si es que regresaban alguna vez.

CAPÍTULO VII

La «Tierra II» había llegado ya a veinte kilómetros de distancia de Jefn, cuando sus tres tripulantes divisaron la masa uniforme y verdosa del planeta.

Un insondable misterio de muerte parecía rodearlo por completo. Significaba un, riesgo muy grande para los dos hombres y la mujer que se proponían salvar a su compañero.

Tan pronto como las calculadoras empezaron a facilitar los datos de distancia y las órbitas a seguir por la astronave, para penetrar en su atmósfera, Paul y Jill accionaron los mandos.

—Tengo miedo, Kreyssler —susurró la muchacha al ingeniero.

Éste puso su mano sobre el hombro de la muchacha, para infundirle ánimo.

—Todo saldrá bien, querida. Recuperaremos a Soal y regresaremos. Por ahora es mucho más importante nuestra presencia en la Base de Plutón que no en este planeta.

—¿Habrán encontrado la astronave de carga, Hugo? —preguntó Paul, sin quitar ojo de Jefn.

—Supongo que sí. Dejé conectado el automático de alarma, por lo que las patrullas de policía no habrán tardado mucho en oír la señal —contestó Hugo.

—Me preocupa Soal. Hoy hace nueve días que llegó aquí y puede haber muerto —terció Jill.

—Es muy probable, aunque vosotros quizá hubieseis muerto de no ser por lo que ocurrió después de vuestra salida de Plutón.

—Tienes razón, Hugo —dijo Paul.

Habían desconectado la «Pe—O» momentáneamente y así podían hablar con mayor tranquilidad. Durante el viaje lo habían hecho en repetidas ocasiones, alegando siempre que el invento del profesor Sodaro no daba los resultados requeridos y que no sabían las causas de los cortes en la transmisión.

Arthur Clarke había pedido, en repetidas ocasiones, que el viaje se anulase por ser demasiado peligroso, pero Jill y Paul habían insistido en su deseo de recuperar el cuerpo de Soal... ¡vivo o muerto!

Por deseo de Hugo preguntaron por «él» y el profesor y la

contestación fue siempre la misma: ¡Ninguno de los dos había aparecido!

Arthur Clarke había pedido la destitución de jefe de Policía de Plutón si ambos hombres no aparecían antes de cuarenta y ocho horas.

Así estaban las cosas el día en que la «Tierra II» avistó Jefn... ¡el planeta del misterio verde!

—Voy a cambiar el ángulo de dirección y acercarme más a nuestro objetivo —dijo Burke.

Ninguno de ellos sintió los efectos de la gravedad, aunque la astronave se había inclinado considerablemente a la izquierda. El color verde se fue haciendo mucho más intenso.

De pronto, la «Tierra II» se bamboleó ligeramente al penetrar en la esfera de atracción del planeta. A los tres terrestres se les hizo antipático aquel color.

Se asemejaba a la imagen que ofrecían algunas zonas selváticas en Birmania, por ejemplo, donde, a la luz del crepúsculo, las hojas verdes de la maleza despedían pronunciados destellos cegadores... ¡Pero mucho más intensos!

Burke, Hugo y Jill tuvieron la misma sensación que su predecesor, Soal Lander, cuando éste llegó a Jefn.

¡Les pareció que se iban a estrellar contra el suelo, que aquello semejante a nubes coloreadas no tenía fin!

Las computadoras no cesaban de señalar la distancia, cada vez más corta, que les separaba de algo sólido.

Paul Burke, que pilotaba la astronave, fue reduciendo velocidad, después de ponerla en posición vertical. Un copioso sudor invadía las frentes de los tres astronautas.

Sentían las llamaradas de los cohetes subir cerca del fuselaje de la «Tierra II».

¡Lo más difícil estaba en encontrar a Soal!

Para hacerlo tendrían que registrar todo el planeta. Esperaron que la suerte les favoreciera en algo.

Inesperadamente, los indicadores de altitud marcaron cero y la astronave se detuvo.

Los dos hombres y la mujer se miraron entre sí. ¡No sabían qué decirse! Paul apagó los cohetes y todo, excepto las computadoras, quedó completamente inmóvil.

Hugo se decidió a romper el silencio glacial que se había formado, diciendo:

—Sería conveniente que os comunicaseis con Plutón. Puedo estar equivocado en mis ideas…

Los dos astronautas sabían a qué se refería Kreyssler, pero callaron.

¡En aquel instante, algo maligno y funesto podía estar penetrando en el interior de la astronave!

Jill Parkinson pareció salir de su ensimismamiento.

—Conecta la «Pe—O», Hugo —dijo.

Burke aprobó con la cabeza. Kreyssler se quitó el cinturón de seguridad, fue hasta la máquina y la conectó.

Al instante, sonó la llamada de comunicación por el televisor. Paul la iluminó, apareciendo en ella la figura de Arthur Clarke.

—¿Qué demonios está ocurriendo con esa «Pe—O»? —increpó el jefe de la Base Interestelar.

—Tiene lapsos de tiempo en que deja de funcionar —aclaró el astronauta.

—¿Han encontrado a Soal?

—No, señor; todavía no hemos salido de la astronave. Nos gustaría saber cómo van las cosas por Plutón. ¿Han aparecido el profesor Sodaro y su ayudante?

—¡Todavía no y, por mi parte, pueden irse al demonio!… ¡Esa «Pe—O» deja de funcionar y corren riesgo sus vidas! Mantengo mi opinión de que deberían regresar inmediatamente… Si ustedes no pueden volver, ya no pienso poner en peligro la vida de nadie más.

—Ya le dijimos que no lo hacíamos responsable de nada. Queremos salir por nuestra propia voluntad… ¡por salvar la vida de un compañero, si aún estamos a tiempo!

—Allá ustedes…, pero ténganme al corriente de todo. ¡Es una orden! —atajó Clarke.

La comunicación quedó cortada y todo volvió a su posición anterior… ¡En la antepuerta de la incógnita!

A través de la acerada y transparente proa de la astronave, escudriñaron la superficie visible de Jefn. ¡Ni rastro de Soal Lander!

—Tendremos que salir y echar un vistazo. De no ser por ese profundo color verde abarcaríamos más distancia. Y también llevaremos armas, ya que no podemos fiarnos —habló Kreyssler.

—La búsqueda puede llevarnos semanas o meses, Hugo —opinó Paul.

—Ya he contado con ello, pero no hay otra solución, aunque tampoco podemos malgastar el combustible de la astronave.

—¿Es que no habrá otra manera más efectiva y con menos riesgo? —objetó Jill, atemorizada.

Hugo se mordió el labio inferior antes de replicar a la muchacha. Había otra posibilidad.

—Podemos tomar muestras de esta atmósfera y analizarla, aunque tardemos un par de días en realizarlo. Da esta manera, sabremos si nos afectará en algo y, de ser sí, cuántos días u horas tardaremos en sufrir sus efectos. Yo opto por esto último. Vosotros diréis lo que os parece…

Hugo calló en espera de la respuesta que no tardó en llegar, demostrando Burke y Jill la confianza que tenían en el joven.

—Nosotros somos astronautas, no hombres de ciencia. Por mi parte, dejo en tus manos lo que has propuesto, Kreyssler —dijo Paul, con voz llena de firmeza.

—Y yo también, Hugo —susurró la muchacha, que era la más inquieta de los tres.

Hugo sonrió, agradeciendo el gesto de la mujer a quien amaba y de su nuevo amigo. Luego dijo:

—Será mejor que no perdamos más tiempo, Paul; dame tu traje de vacío. Saldré a tomar esas muestras.

—Sí, Hugo.

Mientras Burke se quitaba la pesada protección del traje de vacío, Jill sintió que se le anegaban los ojos de lágrimas.

—¡Cuídate, amor mío…! ¡Te quiero con toda mi alma…!

Kreyssler fue hasta ella y la abrazó. Se besaron con dulzura y pasión. ¡Podía ser la última despedida!

Paul interrumpió la escena amorosa. El traje de protección espacial estaba en el suelo de la astronave, unido a la «Pe—O».

—Puedes ponértelo, Hugo.

El joven se separó de Jill y se embutió el traje de Paul.

—Ten cuidado con las cámaras fotográficas instaladas en la proa de la astronave. No mires hacia arriba y no te delatarán —habló Burke, antes de que el ingeniero se hubiese colocado la escafandra.

Después, se internó en las entrañas de la «Tierra II». Tenían un

pequeño laboratorio en el que había de todo un poco, desde medicinas para una primera cura hasta utensilios para análisis.

Mientras, Hugo quedaba dispuesto para salir al exterior. Así sabrían si la atmósfera de Jefn era nociva para ellos o no.

Al poco, cuando regresó Paul con lo requerido para lo que Hugo se proponía, el joven se dirigió hacia la puerta de la cámara de descompresión y la abrió.

—Dame, Paul —dijo.

El astronauta le entregó los tubos de cristal, cuyas bocas estaban tapadas con algodones, y cerró la puerta tras Kreyssler.

La muchacha también se había acercado y ella y Paul escucharon el ruido de las máquinas de la «Tierra II» al expulsar los aires viciados que habían penetrado en la cámara.

—Ya ha... salido —susurró Jill.

Paul vio que el ingeniero había desconectado el cordón que le unía a la «Pe—O», y se preguntó qué excusa daría Kreyssler cuando llegasen a Plutón.

El joven había descendido ya de la escalerilla y pisaba el suelo del planeta. Comprobó que lo que parecía roca firme bajo sus pies, era también verde.

Destapó los dos tubos, dejando que éstos se llenasen con aquel extraño fluido verdoso, y miró en torno, por si encontraba algún rastro de Soal, pero no fue así. Seguidamente, regresó hacia la entrada de la astronave.

Una vez estuvo dentro de ésta, dijo a Paul:

—Acompáñame al laboratorio y no salgáis de aquí por nada del mundo. Actuaremos según lo que saquemos en claro del análisis.

—Procura darte prisa, Hugo —habló Jill.

El joven le acarició la mejilla cariñosamente y fue en pos del astronauta. Llegaron a una habitación de reducidas dimensiones, donde Hugo pensaba poner en práctica su idea.

—Avísanos si necesitas algo.

—Gracias, Paul; creo que acabaré pronto.

Hugo no había sentido lo mismo que Soal cuando pisó Jefn, aunque había estado mucho menos tiempo.

Sin embargo, cada segundo que pasaba podía ser decisivo. Lo más insospechado y funesto podía ocurrir.

¡Quizá hubiesen penetrado ya gérmenes mortales en la astronave!

* * *

Doce horas más tarde, Hugo volvió a la cabina de mando. Por la expresión de su rostro se adivinaba que no traía buenas noticias.

—Este planeta es inhabitable para los humanos —dijo cabizbajo.

—¿Por qué, Kreyssler? —quiso saber Paul.

Hugo tragó saliva antes de contar lo que había descubierto en su análisis.

—He examinado el aire de este planeta y tiene una mezcla gaseosa similar al de la Tierra, pero con una sustancia más que le produce este color verde.

»Tal sustancia es algo parecido a la iperita, con un sulfuro de etilo biclorado, aunque en escasa proporción. Sin embargo, el contaminamos sería nuestra muerte.

—¿Cuándo crees que sus efectos serán desastrosos para nosotros? —preguntó Jill.

—No lo sé exactamente, aunque sus propiedades nocivas tienen acción retardada. Deberemos tener mucho cuidado con el traje de vacío. La cámara de descompresión esteriliza al mismo tiempo todo cuanto entra en la astronave, pero no es suficiente. Dejaremos el traje en la cámara y pondremos en constante funcionamiento el sistema de limpieza de ésta.

La vista de los tres terrestres fue hacia el equipo espacial, dejado junto a la salida de la «Tierra II».

Paul, sin decir palabra, se dirigió al laboratorio y regresó con unas largas pinzas.

—Buena idea —dijo Hugo.

Entre los dos hombres tomaron el traje y lo dejaron en el interior de la cámara de descompresión. Luego, la pusieron en marcha.

Un chorro de aire fue expulsado de la astronave, mezclándose con el de Jefn.

—Saldré de nuevo a explorar los alrededores. Hemos de darnos mucha prisa.

—Toma mi equipo, Hugo —habló la muchacha, quitándose el traje.

—Usaré el tuyo —añadió Kreyssler—; así, mientras uno se esteriliza, emplearé el otro.

¡Tenían una carrera contra el tiempo! Antes de que la atmósfera de Jefn comenzase a causar desastres en su organismo tenían que

encontrar a Soal Lander.

Cada minuto, cada segundo, suponía un paso hacia una muerte horrible y lenta.

El ingeniero iba a correr el mayor riesgo. Comprendía que con una persona que se expusiese había bastante, además de que sólo disponían de dos trajes de vacío.

El joven se puso el traje de Jill, cortó el mecanismo de esterilización de la cámara de descompresión y penetró en ella. Una vez en el exterior, notó que uno de los dos astronautas había vuelto a poner en marcha el esterilizador.

Hugo pensaba en muchas cosas. Una de ellas, el motivo por el cual él no sentía lo mismo que Soal. ¿Quizá por la «Pe—O»?

Aquella pregunta formaba parte de sus conjeturas, ¡y de lo sucedido a él y a Sodaro en Plutón!

Ansiaba volver allí cuanto antes y aclarar aquel misterio para siempre. Para él, ya casi estaba resuelto, pero tenía que probar su hipótesis y hacer que el culpable recibiese su merecido castigo.

Bajó las escalerillas y pisó el suelo de Jefn. Durante el tiempo que pasó en el laboratorio había concluido la noche del planeta. Debería aprovechar la iluminación solar de aquella galaxia.

Sumido en aquellas preocupaciones, Hugo dio la vuelta a la «Tierra II». Tras quince minutos de «paseo» infructuoso, decidió volver junto a Jill y Burke, quienes no dejaban de observar sus movimientos desde la astronave.

Al llegar a la cámara de descompresión, vio que habían sacado el otro traje. Hugo dejó allí el que llevaba y se dirigió a la cabina de mandos.

A las miradas interrogativas de sus compañeros, respondió con un gesto negativo de su cabeza. Y dijo luego:

—Pon la «Tierra II» en marcha, Paul; daremos una vuelta por toda la parte visible del planeta. La silueta de la «Tierra I» se dejará ver entre la niebla verde.

El aludido suspiró hondamente y puso en marcha los motores propulsores de la astronave.

Ésta se elevó a los pocos segundos. Gracias a la posición basculante de la cabina de mandos, los terrestres podían permanecer siempre en estabilidad normal, aunque la «Tierra II» variase de posición.

Sin mapas ni puntos de posición, la búsqueda podía ser interminable. Las computadoras dieron el volumen de Jefn como diez veces menor que el de la Tierra. Aquello les daba una ventaja, aunque muy leve.

Por espacio de dos días consecutivos efectuaron la misma operación, reduciendo cada vez más el combustible y corriendo Hugo el riesgo de perecer contaminado.

Estudiaron el fuselaje de la astronave y, de momento, no parecía estar afectado. También restablecieron la comunicación con Plutón varias veces.

Clark preguntó por qué no salía Paul, ya que no sabía que era Hugo, unido a la «Pe—O». La contestación de Jill fue que la máquina transmisora del pensamiento seguía teniendo fallos y, para mayor seguridad, habían decidido prescindir de ella.

Todo obedecía al plan de Hugo.

Al tercer día de estar en Jefn, la situación se agravó por la considerable merma que habían tenido los depósitos de combustible sólido de la «Tierra II».

—De no encontrarlo hoy, tendremos que regresar —expuso Paul.

Los tres estaban fatigados. La tensión nerviosa era lo que más les agotaba.

—Sí, Burke; no tendremos otro remedio —afirmó Hugo.

Jill Parkinson permanecía callada.

Daban vueltas con la «Tierra II» describiendo círculos de tres o cuatro kilómetros cuadrados y, en cuanto veían alguna sombra sospechosa, Kreyssler se vestía el traje de vacío y salía.

En aquel instante, se hallaban efectuando la quinta vuelta de aquel día. Paul estaba atento a los mandos y Jill y Hugo observaban el exterior.

De pronto, cuando la muchacha iba a decir algo, su rostro se puso pálido y quedó con la boca abierta.

—¿Qué ocurre, Jill? ¿Has visto algo? —inquirió el ingeniero al notar expresión de espanto de ella.

La muchacha, imposibilitada de proferir palabra alguna, extendió el brazo derecho y señaló a un lado de la zona visible.

Hugo siguió la dirección indicada y su rostro formó una mueca de horror…

¡Un horror espantoso, como si hubiese visto algo muchísimo peor

que la muerte!

—¿Por Dios, qué os ocurre? —exclamó Paul, corroído por la angustia.

—¡Continúa, Burke...! ¡No te detengas!—urgió Hugo, con voz entrecortada por el miedo.

¡Habían descubierto la «Tierra I»!

¡Una imagen fantasmal se ofrecía ante ellos...! ¡El fuselaje de la astronave parecía hervir, apareciendo en ella miles de agujeros!

¡Agujeros en un acero cuya aleación con metales de otros planetas del Sistema Solar le hacía resistir velocidades hiperlumínicas!

Era algo increíble, propio de lo que era... ¡otro mundo!

¿Y Soal?

Bruscamente, lo vieron...

¡Lo que quedaba de él!

El cuerpo del astronauta y el traje de vacío parecían una masa deforme, caída en el suelo, que formaba una figura grotesca..., ¡sufriendo también los efectos de aquellos orificios que salían de todas partes!

¿Qué extraño fenómeno sería aquél? ¿A qué sería debido?

Jill no había podido resistir aquella visión por más tiempo y estaba en el suelo de la astronave, tapándose los ojos con las manos y sollozando amargamente.

Hugo creyó llegado el momento de cerciorarse de sus sospechas. Fue a la cámara de descompresión y se colocó el traje de vacío.

—¿Qué haces, loco? —gritó Paul, al notar el deseo del ingeniero.

—¡Quiero probar si, como pienso, Soal murió a causa de La «Pe—On!

Una escena de desesperación estaba desarrollándose en la cabina de mando de la «Tierra II». ¡Corrían un inminente peligro de acabar como la otra astronave y el desgraciado astronauta!

Burke dejó los mandos a la sobrecogida Parkinson y fue hasta Kreyssler. Tomó al ingeniero del pecho y lo contuvo a la fuerza.

—Quiero salir, ¿no lo comprendes?

—¡Sí, pero no quiero que mueras como Soal!

Inesperadamente, los dos hombres quedaron paralizados. ¡Habían sentido unos pinchazos en sus cabezas!

¿Estaban siguiendo el camino del desdichado Lander?

Unos ruidos extraños, como agudos chillidos, pasaron por los cerebros de los terrestres. Los tres temieron empezar a perder la mente y quedar allí para siempre.

—¡Saca la astronave de aquí! —bramó Paul a Jill.

El astronauta, a pesar de que tenía su cabeza a punto de estallar, fue hasta el cuadro de mandos.

Mientras, Hugo, a riesgo de suicidarse, ¡había conectado su traje de vacío con la «Pe—O»!

Había logrado dominar el pánico del primer momento.

De pronto, los ruidos y chillidos aumentaron en su cabeza. Empezó a sentir como si no pudiese pensar... ¡Lo mismo que Soal!

Aguantó durante unos segundos, apretando los puños y las mandíbulas para reprimir sus deseos de separarse de la máquina ideada por el profesor desaparecido.

Llegó un instante en que creyó tener medio cerebro menos. ¡No recordaba muchas cosas!

Le pareció que la vista se le nublaba... que ya le invadía un insondable silencio.

Hizo acopio de fuerzas y caminó unos pasos vacilantes hacia la «Pe—O». Iba a levantar la mano para desconectarla, cuando notó que el brazo no le obedecía.

¡Estaba llegando al fin!

Repentinamente, cayó a tierra.

Paul había quitado el contacto de la máquina, liberando así a Hugo.

El ingeniero estaba caído, como muerto.

Burke dio unas cuantas zancadas y llegó hasta el tablero de mandos, manejados por Jill.

—¡Atiéndelo! —dijo el hombre.

Jill casi no sabía lo que hacía. Estaba al borde de la histeria y sus extremidades temblaban como sacudidas por una descarga eléctrica.

Mientras ella hacía lo imposible por acudir junto a Kreyssler, Paul puso los cohetes propulsores al máximo y la «Tierra II» emprendió un vertiginoso ascenso hacia la salvación.

CAPÍTULO VIII

Jill Parkinson y Paul Burke llevaban dos días de viaje hacia Plutón, y Hugo Kreyssler todavía continuaba bajo los efectos de la «Pe—O» y lo que los dos astronautas suponían que eran los habitantes de Jefn.

El ingeniero respiraba con normalidad y, a veces, decía algo en su estado de inconsciencia.

Debían de ser las cuatro de la tarde, cuando volvió en sí. Jill fue la primera en darse cuenta, ya que no se apartaba del lado del joven.

—¡Paul, ha recobrado el conocimiento! —gritó la muchacha.

El astronauta conectó el piloto automático y acudió junto al caído.

Hugo abría los ojos en aquel instante. Estaba algo pálido y débil por no haber ingerido alimentos. Así mismo, la barba le daba un aspecto de náufrago antiguo.

—¿Cómo estás, Hugo? —susurró ella, con una sonrisa de felicidad en los labios.

—Bien... Me duele la cabeza..., pero me encuentro perfectamente —murmuró Hugo, en tono entrecortado.

—¿Y la cabeza? —volvió a preguntar la astronauta.

Tanto a ella como a Paul lo que más les había preocupado era el estado mental del ingeniero. Temían que le hubiese ocurrido lo mismo que al infortunado Soal Lander.

—Siento mareos débiles...

—¡Lo que necesita son unos buenos trozos de carne! —exclamó Paul, contento.

—¿Crees que será conveniente el que ingiera pastillas? —dijo Jill.

En la astronave, toda la comida era a base de pastillas concentradas.

—¡Qué remedio...! Será mejor que coma eso a morir de hambre —añadió Paul.

Poco después de tomar las pastillas, Kreyssler recuperó algo de su color sano y pudo moverse. Los dolores de cabeza habían disminuido notablemente.

A pesar de la barba, Jill premió la mejoría de Hugo con un beso.

—Te quiero, Hugo; ahora ya estamos sanos y salvos.

—Todavía no ha concluido este asunto, Jill —dijo el joven.

—¿No?

—Falta Sodaro, pues según dicen de la Base, no ha aparecido aún. Tú me lo dijiste.

—Es verdad; hace poco nos comunicamos con ellos —reconoció la muchacha.

—¿No les diríais que estaba aquí? —se alarmó el ingeniero.

—No, además no pueden verte por la pantalla televisora.

Hugo sabía aquello. Estaba en la parte posterior de la cabina de mando, donde Clarke, desde Plutón, no podía verle.

—El culpable de la muerte de Soal será castigado, Jill; merece la muerte. ¡Aquello fue un asesinato premeditado!

Jill Parkinson quedó anonada. ¡No contaba con el inesperado giro que habían tomado las cosas!

—Pero tú dijiste… —balbuceó ella.

—Sí, me acuerdo perfectamente, Jill; pero todavía no puedo contaros la verdad. Cuando lleguemos a Plutón, será el momento oportuno. Por lo pronto, todo debe continuar así, aunque es posible que cambie mis planes de ataque…

—¿Qué quieres decir con ataque?

—Confía en mí, Jill; y continuad con la farsa de la «Pe—O», haciendo ver que sufre interferencias. ¡Sobre todo, no pensad en mí!

—¡Dios mío, cuán cerca hemos estado de la muerte! —dijo la astronauta.

—No lo sabes bien todavía. ¡Ha habido un intento de cuatro asesinatos!

—¿Tantos?

—Sí, querida; el de Soal, en ese planeta, a quien deberíais acompañar tú y Paul; y yo, en Plutón, donde intentaron mi muerte —explicó Hugo.

—¡El culpable merece cadena perpetua en una prisión—meteorito! —aseguró ella.

—¡Y ese hombre lo sabe! Por eso mismo nos interesa que me crean muerto. No sé si se habrá enterado ya de que vivo o no. La «Pe—O» supone un enemigo imprevisto.

—¡Por nosotros no se enterará! ¿Verdad, Paul?

—No, Jill —respondió el astronauta, que no dejaba de manejar los mandos.

—Escuchadme: cuando lleguemos a Plutón yo he de bajar de la astronave sin que nadie me vea. ¿Me habéis entendido?

—Sí, Hugo —respondió Jill, mientras Paul lo hacía con la cabeza.

—¡Jamás pensé que llegáramos a formar un trío tan unido! —exclamó el ingeniero.

Jill no sonrió aquella vez. Sabía que su amado iba a correr más peligros y, que en ellos, podía encontrar la muerte.

* * *

La «Tierra II» se aproximó a la pista de lanzamiento, situada cerca de la Base Interestelar. Los dos astronautas suponían que Clarke y unos cuantos científicos más saldrían a recibirles.

Hugo, que contaba con aquella eventualidad, se había escondido en el laboratorio de la astronave. Ya estaba fraguado el plan con Jill y Burke.

Cuando todos hubiesen marchado, él saldría y efectuaría la parte más peligrosa de su plan.

¡Buscar al culpable y desenmascararlo!

Desde su escondrijo, escuchó las voces de Jill y Paul hablando con los hombres de la pista de lanzamiento y los preparativos para posarse en Plutón.

De pronto, la astronave cambió de posición y Hugo tuvo que sentarse en una de las paredes del laboratorio. Así permaneció hasta sentir que se abría la cámara de descompresión. Los dos astronautas deberían estar saliendo en aquel instante.

Por boca de Jill sabía que la pista de lanzamiento no estaba protegida de la temperatura exterior de Plutón, debido a la altura de la astronave, pero, cuando ellos hubiesen salido, los mecánicos la pondrían horizontal y la llevarían hasta un gigantesco hangar.

Hugo tenía que esperar aquel preciso momento, y entonces salir sin temor a congelarse.

No supo con exactitud el tiempo que pasó; sólo sintió que la astronave volvía a ponerse horizontal y que ésta se movía lentamente. Ahora, los científicos estudiarían su interior para saber cuáles habían sido sus contactos con la atmósfera de Jefn.

¡Clarke iba a llevarse muchas sorpresas desagradables!

Notó que la «Tierra II» volvía a quedarse inmóvil y decidió salir de allí. Se puso en pie y caminó hasta la cabina de mando.

La cámara de descompresión estaba abierta. Asomó la cabeza por ella y vio a varios hombres que andaban bajo él.

Maldijo su mala suerte.

Diez minutos más tarde, la casi totalidad de los hombres empezaron a subir por las escalerillas.

Hugo se escondió en la oscura cámara de descompresión y aguantó el aliento todo lo que pudo.

Los hombres comenzaron a pasar a su lado, hablando de lo peligroso que había sido el viaje de la astronave y lamentándose de la muerte de Soal, conocido por todos ellos.

Los pulmones de Hugo estaban a punto de estallar, cuando el último individuo penetró en la «Tierra II». Entonces, creyó llegado el momento oportuno y salió.

Descendió por las escaleras con toda tranquilidad, como si fuese uno más de los mecánicos.

Tomó una de las numerosas salidas del hangar. Algunos terrestres le miraban extrañados a causa de la barba.

Kreyssler buscaba la manera de escabullirse de la zona de lanzamiento y pensaba hallar el lugar de donde partirían los autobólidos que transportaban a los médicos y científicos libres de servicio.

Encontró lo que andaba buscando cinco minutos más tarde, cuando ya le parecía que empezaba a llamar demasiado la atención.

Vio un pequeño astropuerto con varios autobólidos, uno de ellos a punto de despegar y con un grupo de hombres en su interior.

Decidido a jugarse el todo por el todo, fue hasta él y penetró en su interior. Un par de asiáticos le miraron de arriba abajo.

Kreyssler se sentó al lado de ellos y, al mismo tiempo que sonreía, dijo:

—Vaya viaje el de esa astronave, ¿eh?

—Lo peor es el astronauta muerto, pero el progreso, a veces, requiere sacrificios de personas valientes —contestó uno de los dos, algo más tranquilo.

—¡Pasará a la historia! —corroboró Hugo, mientras su cara se ensombrecía al recordar a Soal.

Aquel recuerdo reanimó sus ansias de cumplir justicia.

El autobólido despegó y Kreyssler empezó a temer dirigirse a la Base.

Pero no fue así. Media hora más tarde, se detenía en el astropuerto de Nueva Brasilia, dónde descendieron todos sus ocupantes, incluyendo a Hugo.

El joven no perdió un segundo. Con paso rápido se dirigió hacia el lugar donde se concentraban las astronaves de suministro a la ciudad y la Base, en el mismo punto de donde partió hacia la muerte.

Allí esperaba encontrar el tipo que le condujo a la astronave de transporte. No lo conocía, pero era el único que podía conducirlo a una pista segura.

Lo que más le preocupaba era la barba, que no era permitido llevar, por considerarse indecoroso y propio para provocar contaminaciones.

Vio las dependencias de las tripulaciones y también los aseos, donde esperaba encontrar rasuradoras.

Seis minutos más tarde, salía limpio y aseado. Empezó a recorrer las instalaciones, dispuesto a esperar todo el tiempo que fuese necesario.

Sin embargo, la suerte acudió en su ayuda. Apenas llevaba media hora vigilando el astropuerto, cuando divisó el tipo que buscaba.

Era uno de los hombres que dirigían los estibadores—robot y se hallaba junto a los mandos de una grúa gigantesca.

Hugo miró a su alrededor. Pocos hombres pasaban por allí.

Avanzó por la espalda del individuo, procurando que aquél no le viese antes de tiempo. Consiguió su propósito, pues el sujeto no le vio hasta que Hugo le hubo puesto la mano en el hombro.

El tipo se volvió, sorprendido, y su sorpresa fue en aumento cuando la manaza de Kreyssler le lanzó un directo a la ceja derecha que lo hizo trastabillar y quedar apoyado en uno de los enormes bultos.

—¿Pero...? —trató de decir.

El joven saltó sobre él y el tipo encajó un soberbio gancho en la barbilla.

—¡Toma, cerdo; así aprenderás a ser más cauteloso! —gruñó Hugo, lleno de satisfacción.

El otro meneó la cabeza para sacudirse el torpor que había comenzado a invadirle, pero el ingeniero no le dejó reaccionar. En cada golpe recordaba las palabras de Soal Lander a través de la «Pe

—O», que había sido la única manera en que lo conoció.

—¡Basta, no más...!—dijo el indeseable en tono lastimero.

Kreyssler le agarró de las ropas de plástico y puso su rostro, fiero como el de una persona enloquecida, junto al del otro.

—¡Habla...! ¿Dónde está el hombre que te pagó por deshacerte de mí?

—No lo... sé...

Hugo no tuvo contemplaciones. Le lanzó un uno—dos en la boca del estómago y la cara del asesino se contrajo a causa del dolor.

—¿Hablarás ahora?

—Sí... sí.

—¡Contesta a lo que te pregunté antes!

—Son dos... Uno se llama Tajima y el otro Saling...

—¿Dónde viven?

—En la Avenida 23..., cerca del hotel de la Base —farfulló.

—¿Por qué querían matarme?

—¡No sé! Dijeron... que le estorbaba a... a alguien muy importante de la Base...

—¿Dónde están los agentes de policía más próximos?

—¡No, la policía no!

—No tengas miedo, las prisiones—meteorito son muy cómodas y sanas para un hombre tan honesto como tú.

El hombre se llevó la mano al interior de sus ropas de trabajo y Hugo no tuvo más remedio que sacudirle un golpe definitivo en la frente. El esbirro se desplomó inconsciente.

Kreyssler lo registró, hallándole una pistola eléctrica. La tomó por si acaso la llegaba a necesitar.

Recordó que no le había preguntado el número de la casa de la avenida, pero no lo necesitaba. Había reconocido la Avenida como el lugar donde él y Sodaro fueron asaltados.

* * *

Antes de diez minutos se encontraba en el lugar deseado. Observó que se trataba de un edificio de varias plantas y que debía pertenecer a los alojamientos de los hombres que trabajaban en la Base, aunque sin ser científicos o personas de cargos importantes.

Penetró en el edificio. Se halló ante una escalera ancha y bien iluminada. En cada rellano se abrían numerosas puertas con los

nombres de sus moradores en ellas.

Leyó bastantes nombres antes de encontrar los que buscaba. Estos estaban en el segundo piso. Apoyó el oído en la hoja de acero de la puerta y sintió unas voces que hablaban bastante fuerte.

No podía saber cuántos hombres habría en el apartamiento. Decidió esperar a que la entrada fuese franqueada por alguno de los que estaban dentro.

Cinco minutos después, sintió pasos que se aproximaban a la salida. Instintivamente, extrajo la pistola eléctrica.

La puerta de las viviendas eran automáticas. Bastaba apretar un botón casi invisible en la pared para que ésta se abriese sin provocar el más leve ruido.

Hugo se plantó en la puerta, con la pistola firmemente empuñada. Era la primera vez que tenía que mezclarse con maleantes, pero estaba decidido a llegar hasta el final.

De pronto, el umbral quedó franqueado y el tipo que había aparecido en él abrió los ojos como si estuviese viendo visiones.

Era Tajima.

—Hola, compañero —habló Hugo.

El asiático no se atrevió a responder.

—¿Has visto lo que tengo en la mano?

Tajima asintió con la cabeza.

—Entonces, camina hacia dentro y sin gritar.

Pasados los primeros momentos de asombro, el individuo dio media vuelta, levantó los brazos y se dirigió hacia el interior del apartamiento. Hugo le seguía los pasos, observándolo todo a su alrededor con desconfianza.

Llegaron a una habitación de medianas dimensiones. Allí se encontraba el otro individuo que asaltara a Sodaro y a él. Estaba arrellanado en un sillón, limpiando una pistola igual a la que empuñaba el joven.

—Déjala, no la vas a necesitar —le recomendó Kreyssler.

Jack Saling dio un salto y se puso en pie. Miró a los dos hombres que tenía tras él y sus ojos resbalaron hasta la pistola que instantes antes tenía en las manos.

—Olvídate de ella.

—¿Qué… qué quiere? —preguntó Saling.

—El nombre de la persona que os pagó por deshaceros de mí, ¡y

rápido! ¡No estoy dispuesto a perder mucho tiempo en contemplaciones! —casi gritó Kreyssler.

—Nosotros no sabemos nada —terció Tajima.

—Tú, asiático, ve con tu compañero y sin rodeos. ¿O preferís que me ponga a jugar con la pistola eléctrica?

Tajima se acercó al otro. Ambos estaban pálidos. Sabían que la alusión hecha por Hugo de usar la pistola eléctrica no había sido en vano.

—Hablaremos —dijo uno de ellos.

—Así me gusta. ¿Cómo se llama esa persona?

—Púas...

—¡Tengo prisa!

—Su jefe... Alexander Sodaro —aclaró, por fin, Saling.

¡Hugo ya había estado casi seguro de ello! ¡Lo único que trataba era asegurarse de la culpabilidad del profesor para hacer que recibiese su merecido castigo!

—A nosotros sólo nos pagó por simular su rapto y eliminarlo a usted —habló Tajima.

El joven vio que el asiático estaba mintiendo descaradamente.

—Vosotros trabajáis en la Base y lo debíais conocer anteriormente. Así que decid la verdad o pasaré a los hechos —Y Hugo movió la pistola significativamente.

—¡No hables, Tajima; él nos matará si lo hacemos! —exclamó Saling, al comprender que acabarían recluidos en un meteorito.

Kreyssler le lanzó una ligera descarga y el tipo se contrajo convulsivamente.

—¡Lo mismo haré contigo si no hablas!

El asiático empezó a perder su aplomo. Por un instante, las palabras de su compañero le habían convencido de que no debía hablar más, pero al ver cómo Saling se retorcía, las cosas cambiaron.

—¡Voy a contar hasta tres!

—¡Está aquí..., en Plutón, en un laboratorio subterráneo!

—Me vas a conducir hasta él o te mato aquí mismo...

CAPÍTULO IX

Kreyssler fue hasta el visófono. Antes de llamar a la policía, preguntó a Tajima:

—¿Cómo se llama el tipo que estaba en el astropuerto?

—Jacques Vizier.

Hugo no perdió más tiempo. Sin dejar de apuntar a Tajima y al atolondrado Saling, llamó a la policía. Se apartó prudencialmente del visor para que el agente no lo viese. No quería que toda la policía de Plutón anduviese tras sus huellas.

—¿Diga? —resonó una voz, al mismo tiempo que la pequeña pantalla se iluminaba y aparecía en ella un policía.

—¿Ve usted a ese individuo? —inquirió Hugo.

Saling se hallaba frente a aquella pantalla, todavía aturdido por la descarga.

—Sí, lo veo.

—Pues bien, pueden apresarlo como cómplice en el asesinato de un astronauta y rapto de dos personas.

—¿Cómo dice? —preguntó el policía, atónito.

En una ciudad del año 2.459 era inconcebible que ocurriesen tantos delitos juntos.

—Se lo dejo aquí. Si tardan mucho en venir, se les escapará —añadió el ingeniero.

Y cortó la comunicación. Los policías ya sabían el número de la persona que había llamado —en este caso, el de Tajima o Saling— y acudirían en sus auto—bólidos.

El joven lanzó otra pequeñísima descarga contra Saling y el sujeto se derrumbó, retorciéndose dolorosamente.

—Vamos —dijo a Tajima, encañonándolo.

El asiático salió del departamento y pronto ambos estaban en la calle. La mente del joven pensaba en lo que le había dicho el hombre pagado por Sodaro. Si este último estaba fuera de la ciudad, necesitarían un autobólido y trajes de vacío.

—Le diré lo que sea, pero no me lleve allí. El profesor me mataría —pidió Tajima, aterrorizado.

—Acompáñame primero a un autobólido.

—Sí..., sí.

El asiático penetró en uno de los pasillos rodantes y Hugo le siguió. Había ocultado la pistola para no llamar la atención.

Estaban ya lejos del edificio, cuando vieron a la policía que penetraba en él. Tajima estaba cada vez más pálido y tembloroso.

Fueron hasta un diminuto astropuerto, en el que alquilaron un pequeño autobólido, conducido por un robot. Era obligatorio llevarlo, pues, en caso de peligro, el conductor mecánico tenía órdenes estrictas de lo que debería hacer para volver a Plutón.

Poco más tarde, habían salido de la ciudad.

—Indícale la dirección —urgió Kreyssler.

Plutón estaba dividido en zonas. Bastaba darle al robot la deseada y obedecería al instante.

—Zona 3.112 —susurró el asiático.

El autobólido dio un brusco giro y tomó la ruta hacia el sitio pedido.

—Nos detectarán en cuanto nos acerquemos —añadió Tajima, cada vez más asustado.

—No te preocupes; yo sabré ingeniármelas para penetrar en el laboratorio.

Guardaron silencio. Llevaban diez minutos de vuelo, cuando Oda, temblando de pies a cabeza, suplicó:

—¡No..., por favor!

—¡Calla! —espetó Hugo.

El robot manipuló en los mandos del autobólido y éste empezó a descender vertiginosamente, posándose sobre una ingente llanura de hielo.

—¿Dónde está el laboratorio?

—Allí.

Tajima señaló a la derecha del autobólido y el joven creyó ver algo similar a un edificio en el hielo. Agudizó la vista y comprobó que su primera opinión había sido acertada.

Había una entrada, un rectángulo de acero en el hielo. Hugo se preguntó cómo el profesor Sodaro habría podido construir aquello en tan poco tiempo. No tardaría en averiguarlo.

El joven buscó en el autobólido hasta encontrar el emisor de ondas. Rápidamente conectó la llamada automática de la policía.

Tajima le miraba extrañado.

De pronto, algo vibró en sus cerebros, como si hurgasen dentro

de ellos.

¡Sodaro los había descubierto!

Hugo comprendió que debía actuar con mucha rapidez. Lo primero que hizo fue salir del autobólido. En cuanto hubo abierto la compuerta, sonó un zumbido que debía de ser la alarma y los brazos mecánicos del robot empezaron a manipular en los mandos.

Kreyssler, que ya contaba con aquello, se dejó caer sobre el hielo y vio cómo el autobólido salía despedido hacia la ciudad, aunque antes de llegar lo detendría la policía.

De aquella manera, Hubo pensaba engañar a Sodaro. Éste los había detectado y descubierto, pero, al ver que el autobólido huía, quizá pensara que habían desaparecido atemorizados por las anormalidades de sus cerebros.

Y así fue. Hugo dejó de sentir aquellos ligeros dolores de cabeza. El ingeniero se dijo que el profesor debía de haber modernizado su «Pe—O», pues lo había captado sin necesidad de estar unidos a la máquina.

Comenzó a reptar por el suelo helado, hacia el lugar donde veía el rectángulo de hierro. Llevaba la pistola eléctrica en la mano y su decisión de usarla, en caso necesario, era irrevocable.

Le costó gran trabajo acercarse a la entrada del laboratorio. Ahora llegaba la parte más difícil: ¿Cómo penetrar en él?

También cabía la posibilidad de que Sodaro tuviese hombres a sus órdenes.

Lo cierto era que, tanto si estaba solo como acompañado, la primera acción del profesor en cuanto lo descubriese sería matarlo.

Estaba pensando en aquello y buscando la manera de entrar, cuando la solución se le presentó rápidamente.

¡Un orificio se había abierto en el hielo, a tres metros de él!

Una bocanada de aire caliente salió por él, derritiendo buena parte de hielo, aunque luego todo volvió a quedar congelado en centésimas de segundo. Debía de ser el conducto de expulsión de aire viciado.

El traje de vacío le protegía contra todo ello, por lo que Hugo no lo pensó dos veces.

Penetró rápidamente por el orificio. Corría riesgo de quedar acorralado en algún lugar, pero no tenía otra alternativa.

Penetró por allí. El agujero era poco más alto que él y redondo.

Llegó a lo que debería ser una cámara de compresión. De ella salía un tubo hacia arriba. Siguió aquel camino hasta encontrarse en una habitación de paredes lisas y con los orificios de varios tubos que convergían en ella.

En su interior vio a un hombre manipulando en los tubos y, en uno de los lados, una puerta entreabierta.

Se dejó caer del tubo, junto al hombre.

Éste se volvió sorprendido y quiso huir. Hugo lo detuvo con una pequeña descarga de su pistola, que lo dejó tumbado en el suelo, como un guiñapo.

Salió por la puerta, y de allí, por un largo corredor, fue a parar a una espaciosa habitación, en cuyo interior había decenas de máquinas de todas clases, unas funcionando y otras paradas.

No observó rastro de personas humanas.

Estaba empezando a pensar que el profesor estaría fuere del laboratorio, cuando una voz llegó hasta sus oídos.

La reconoció al instante. Era de Sodaro.

—¡Bienvenido, Hugo!

El joven miró en todas direcciones, sin encontrar a Alexander, el científico.

—¿Dónde está?

—¡En tu cerebro, Kreyssler! Me has demostrado ser muy sagaz, pero torpe.

Hugo creyó volverse loco. ¡Sentía la voz con toda claridad, como si lo estuviese soñando!

—¿Te extraña? ¡Es uno de mis nuevos inventos, una reforma de la «Pe—O»!

Hugo quiso hablar, pero ¿a quién?

—No te esfuerces. Me basta tu pensamiento para contestarte. ¿Recuerdas a Soal Lander? Sí, ¿eh? Pues lo mismo hago contigo, aunque con una pequeña peculiaridad: ¡Me basta desearlo para matarte!

»¡Sí, yo maté a Soal, si es eso lo que quieres saber! Lo hice porque necesitaba una persona…

»Veo que lo comprendes. Ya sabías muchas cosas antes de venir aquí. Y te diré otra cosa, los hombres que tú esperas que hablen no lo harán, ¡porque están muertos!

»¿Qué cómo lo hago? ¡Muy sencillo! Con ondas magnéticas que

dominan su sistema nervioso y me obedecen a voluntad. ¿No habías oído hablar de eso?

»Bueno, ahora ya no lo necesitas. Si no te hubieras enamorado de aquella astronauta llamada Jill, también tú hubieras compartido mis triunfos.

»No me llames asesino, estúpido.

»Camina unos pasos y, sobre unas máquinas, verás unos nombres. Son las personas que puedo hacer que me obedezcan en cualquier instante. ¡Y, si quiero, puedo matarlas!

Hugo avanzó en la dirección indicada hasta encontrar los nombres. Se quedó de piedra. Allí estaban infinidad de personas; entre ellas, él mismo, Jill, Burke, Arthur Clarke, políticos, potentados, empresas interplanetarias.

¡Mucho más de lo que el ingeniero pudiera imaginar!

»... Te tuve controlado durante el tiempo que estuviste conectado con la «Pe—O» antigua, en ese planeta. Con la nueva no podía, porque estabas demasiado lejos, aunque pienso llegar a distancias mucho más largas.

»¿Que la ambición me ha envilecido? No lo creas, soy mucho más listo que cualquier humano y que los demás seres de otras galaxias ¿No sabes que ya tenía preparado todo mi plan? Claro que no; tú siempre estabas con la «Pe—O»... Tu cerebro no daba para más.

»Quiero que sepas lo inepto y tonto que has sido... antes de morir. Porque no te hagas ilusiones. Desde que llegaste a Plutón, conozco todos tus pasos. Hace cuatrocientos años hubieses sido un buen policía, ahora haré que tú mismo te mates... ¡Eso, tú destrozarás tu cuerpo, hasta convertirlo en algo irreconocible!

»¡No estoy loco!

»Ja, ja, ja...

Hugo se vio acorralado. Un escalofrío de terror pasó por la espina dorsal al pensar en la muerte que le deparaba Sodaro.

¡Porque estaba seguro de que el profesor iba a cumplir sus deseos y hacerle que se suicidase!

Se imaginó disparándose una descarga de la pistola eléctrica.

»No, Kreyssler; no tendrás una muerte tan rápida —sonó de nuevo la voz en su cerebro.

»Primero te quitarás el traje de vacío y, luego, empezarás a golpearte la cabeza contra las paredes ¡hasta morir!

Hugo sentía una rabia inmensa. ¡No poder atraparlo con sus propias manos, darle una buena paliza hasta conducirlo a la policía!

»Prepárate, Hugo; te vas a quitar el traje de vacío inmediatamente, con gestos pausados y lentos. Tu cerebro funcionará, haciéndose cargo de lo que hace tu cuerpo.

»Después, haré lo mismo con otras personas importantes y atemorizaré al resto de la humanidad.

»¡No me llames cobarde! Soy más listo que tú. ¿Por qué arriesgarme, si puedo matarte con sólo desearlo? ¿Lo comprendes ahora?

»¡Claro que sí, ayudante! Luego, mataré a esa belleza llamada Jill Parkinson y a Paul Burke.

»¡Ellos serán la prueba de mi poder! ¡Haré que ellos mismos se eliminen, delante de miles de personas! A la muchacha la mandaré a la Tierra. Irá a una de las ciudades más grandes de América y, ante los dirigentes más poderosos, se matará ella misma.

Más tarde, le seguirá Paul, en África, e intimidaré a los demás humanos penetrando en sus cerebros y atemorizándolos…

Inesperadamente, Hugo notó que las palabras habían cesado de afluir a su mente.

¡Sodaro había callado!

¿Estaría disponiéndose a hacer que él mismo se matase como había dicho antes?

¿Qué sucedía?

La idea de salir de allí le hizo desear el avance hacia las máquinas que tenían ante él.

Sin embargo, el cuerpo no le obedeció. ¡Alexander le tenía dominado, completamente a su merced!

¡Sólo podía pensar, era lo único!

La sensación de impotencia fue aumentando dentro de él. ¿Por qué no se mataba? ¡Deseaba acabar cuanto antes! ¿Para qué continuar sufriendo si su suerte ya estaba echada?

¿Por qué Sodaro ya no le hablaba? ¿Se estaría matando y no se daba cuenta?

Instintivamente, su vista fue hasta su propio cuerpo. No, estaba ileso, sin sangre, sin heridas…

De súbito, le pareció escuchar algo. Un ruido similar al producido por los cohetes de una astronave o un autobólido. ¿Quién habría

llegado?

Cuando menos lo esperaba, vio pasar ante él la figura del profesor. Corría alocadamente, en dirección a las máquinas que había delante de Hugo.

El científico se puso a accionar en los mandos de ellas.

Kreysler vio llegada la hora de enfrentarse con la muerte. ¡Aquello era el fin!

Sodaro tenía las facciones desencajadas y los ojos muy abiertos. En otras circunstancias, Hugo hubiera pensado que Sodaro tenía miedo de algo o alguien.

Pero ahora no era posible. El científico le había hecho una demostración de su poder y sabiduría. Aquello era innegable, aunque fuese para cubrir deseos de ambición y codicia.

Bruscamente, una horrenda explosión estuvo a punto de reventar los tímpanos de Hugo Kreysler. Le pareció que, dentro de su completa inmovilidad, todo daba vueltas a su alrededor, que las paredes se juntaban con el techo.

—¡La muerte! —se dijo.

No supo que su cuerpo había salido proyectado por el suelo de la espaciosa habitación y que iba de un lado para otro, llevado por las ondas expansivas.

Mientras, las máquinas inventadas por el maquiavélico cerebro del profesor Alexander Sodaro estaban incendiándose y estallando en mil pedazos.

La entrada de acero del laboratorio había quedado abierta y por ella penetraban torrentes de frío congelador. ¡Las máquinas empezaron a quedar silenciosas, ahogadas por el hielo que las cubría por completo y las llamas que salían de ellas se apagaron instantáneamente!

¡La atmósfera interior del laboratorio se estaba congelando como si fuese líquido!

Hugo no pudo ver que Sodaro empezaba a ser cubierto por una capa blanquecina y que su negra piel se amorataba.

¡Hubiera bastado un ligero golpe para que el cuerpo del profesor se resquebrajase en pequeños pedazos!

¡Había muerto cuando ya creía ser el dueño de todo el Sistema Solar y de todas las galaxias existentes en las estrellas del firmamento, aunque estuviesen por descubrir!

La codicia le había conducido al fin.

Cinco segundos más tarde, un alud de policías, con trajes de vacío, penetraban en los restos del destruido laboratorio.

EPÍLOGO

En el hospital de la Base Interestelar de Plutón, Hugo Kreyssler se reponía del desgaste mental que había sufrido bajo el dominio de Sodaro.

Había salvado la vida gracias a ir provisto del traje de vacío, pues todo el laboratorio quedó inundado por la temperatura exterior de Plutón, cuando la policía destapó la entrada con unas fuertes descargas vibradoras.

Alexander Sodaro no pagaría sus crímenes en una prisión—meteorito. ¡Murió congelado!

Hugo Kreyssler, embutido en su traje de enfermo, esperaba la visita de algunas personas importantes en aquel episodio de su vida.

La puerta de la habitación desapareció en el techo y por el hueco abierto Jill Parkinson, Arthur Burke y Vihlo Aaamipalo, jefe de la Policía Especial de Plutón.

La muchacha fue la primera en llegar junto a Hugo y abrazarle cariñosamente. Kreyssler pasó los dedos de su mano derecha por los cabellos de ella, desordenándoselos.

—Bueno, Kreyssler; supongo que nos explicará muchas cosas, ¿no es así? —inquirió Clarke, con expresión intrigada.

—Yo casi preferiría olvidarlo todo, pero comprendo que les debo una aclaración —reconoció Hugo.

—Perdone que le interrumpa, profesor Clarke; quisiera hacer una pregunta al ingeniero Kreyssler —intervino Vihlo. Y añadió—: ¿Fue usted el que dejó la carga con aquellos rufianes en su interior?

—En efecto, yo fui. Pude haberles avisado a ustedes, pero preferí que los atrapasen permaneciendo yo en el anonimato. Así, era más probable que los demás delincuentes no se diesen cuenta de que algo no iba bien y desapareciesen.

—¡Pues lo consiguió por completo!

—El señor Kreyssler nos ha deparado muchas sorpresas en estos últimos días —dijo Arthur Clarke.

—Lo que no comprendo es por qué Sodaro buscó aquella manera tan extraña de desaparecer —manifestó Paul Burke, el astronauta.

—Aquél no era su plan —dijo Hugo—. Él quería probar su invento con una mente humana, un hombre que le sirviese de

cobayo. Yo le había dicho, en repetidas ocasiones, que era algo peligroso y él siempre lo negó.

»Cuando llegamos a Plutón y comprobamos que todo resultaba a la perfección, me dije que mis temores eran infundados. Luego, el infortunado Soal llegó a Jefn y allí estableció contacto con sus seres. Estos desconocidos habitantes —pues a mi parecer eran ondas vivientes y de otra dimensión, como pudimos comprobar cuando vimos que demolían la «Tierra I» y al propio Lander —lanzaron ondas al cerebro del astronauta.

»Aquí entra en acción la «Pe—O», la cual, con sus ondas semitelepáticas, agravó más el problema cerebral de Lander, hasta que llegó un momento en que el hombre vio anulado su pensamiento, aunque sus células siguiesen vivas.

—Eso es completamente cierto. Lo hemos podido comprobar en la Base —terció Clarke. Y añadió—: Lo que no hemos logrado saber son las cualidades de esos seres. Según ustedes —señaló a Paul, Jill y Hugo—, que son los únicos que los han «visto», eran invisibles a nuestra vista.

—Nos dimos cuenta de su presencia por lo que estaban haciendo en la astronave. Nos quedan muchas cosas que aprender todavía. Con la muerte de Soal, hemos recibido un aviso patente de que otros seres pueden ser tan poderosos como nosotros o más.

—Es cierto, Paul Burke; nos apoderamos de todo el Sistema Solar sin que ninguno de nuestros astronautas perdiese la vida y ello nos confió demasiado —musitó Clarke, con expresión de tristeza.

Ninguno de ellos, a pesar del peligro que habían corrido todos, podía olvidar las últimas palabras de Soal Lander, el hombre que tuvo la muerte más horrenda que persona alguna pueda imaginar.

—¿Y qué me dice del comportamiento de Sodaro, Kreyssler? —preguntó el jefe de la Base Interestelar.

—Pues que no llegué a desconfiar de él, hasta que me vi en la nave de carga y de la cual me querían lanzar al espacio.

»Como ya he dicho antes, Sodaro tenía mucha ilusión en su invento. Lo que yo no sabía era que hubiese llegado a planear una muerte por confirmar sus opiniones y deseos.

»Todo fue bien hasta el momento en que yo deseé ir a Jefn. Él no contaba con esa eventualidad. En el primer viaje pudo practicar con el pensamiento de Soal; luego, quería que fuesen Jill y Paul para

seguir su experimento.

»Sin embargo, yo eché por tierra sus planes. Si iba en la «Tierra II», podía descubrir algo que lo delatase. Por eso decidió liquidarme y nada mejor que la astronave de carga. Simuló un rapto para que nadie sospechase.

»Yo desconfié de él cuando el tipo llamado Vicier, el del astropuerto, aludió a mi pretendido viaje a las estrellas. Logré librarme de aquellos individuos y alcanzar la «Tierra II».

»Entonces, tampoco confesé todo lo que pensaba a Jill y Paul. No lo hice por desconfianza, sino porque teníamos que usar la «Pe—O» y sus pensamientos podían delatarnos.

—¿Y por qué había de usar la «Pe—O» si desconfiaba de ella? —volvió a preguntar Clarke.

Hugo tragó saliva y continuó:

—Yo sospechaba que lo del rapto había sido una treta para hacerme desaparecer, mientras Sodaro regresaba sano y salvo. Así podría continuar su experimento con Jill y Paul. Pero sus planes eran mucho más ambiciosos de lo que yo me pensaba.

»Aprovechó tanto la experiencia de Soal que pensó en una nueva «Pe—O». Ésta no necesitaba tubos que la uniesen al astronauta o persona requerida. ¡Y lo consiguió!

—¡Maldición! —exclamó Clarke.

—Sí, profesor, estuvimos a punto de ser víctimas de un demente que hubiese aterrorizado al Sistema o destruido a todos sus habitantes. Prueba de ello es lo que vi en su laboratorio.

»Allí nos tenía controladas a muchas personas. Las principales en su proyecto diabólico. Le bastaba con presionar unos conmutadores para matarnos a todos los que estamos aquí, pues poseía el control de todas nuestras mentes.

—¿Y de dónde sacaría el dinero para construir el laboratorio aquí, en Plutón? —inquirió Vihlo.

—Sus inventos siempre le habían proporcionado buenas sumas de dinero. Yo mismo tenía un sueldo bastante elevado.

—¡Lástima que su cerebro fuese tan vil! ¡Como hombre de ciencia era envidiable! —dijo Clarke.

Todos estaban profundamente emocionados. Las experiencias que habían tenido en aquellos días fueron espantosas.

¡Habían estado a punto de caer en las redes de un cerebro

enloquecido!

Hugo Kreyssler, el héroe anónimo, parecía tener algo en la cabeza, algo que no acababa de comprender.

Se encaró con el jefe de Policía y le preguntó:

—Y ustedes, ¿cómo supieron dónde me encontraba?

El europeo sonrió.

—En primer lugar, recibimos una llamada, que creo era suya, en la que nos decían que capturásemos a un hombre en la Avenida 23.

—Tiene razón; yo les avisé.

—Entonces —siguió el sabueso del espacio—, interrogamos a ese hombre y nos dijo muchas cosas, entre ellas, la existencia de ese laboratorio y que usted había ido hacia allí con su compinche, al que encontramos muerto en el pequeño astropuerto de autobólidos.

»Cuando ya nos había dicho lo que nos interesaba y lo íbamos a encerrar, se nos murió de repente, como si hubiese sufrido un derrame cerebral. Aquello, y el nombre de Hugo Kreyssler, nos hizo pensar en algo peor y fuimos al lugar que nos había indicado antes de morir —declaró el policía.

Las dudas de Hugo quedaron resueltas.

—Es una pena que todo quedará destruido. Nunca podremos aprovechar lo que allí tenía oculto el profesor Sodaro.

—Cierto que era un genio, pero hombres así obstruyen el progreso en lugar de adelantarlo. ¡Dios no quiera que haya más como él!—exclamó Jill, que hasta entonces había permanecido callada, dejando que los hombres hablasen.

Clarke miró a los dos jóvenes y carraspeó.

—Espere, profesor Clarke, quiero decirle que no cuente más con una astronauta llamada Jill Parkinson —habló Hugo—. He decidido que se dedique a cuidar la casa, nuestra casa, en cuanto nos casemos.

Los tres hombres rieron ante las palabras del ingeniero nuclear.

Por lo menos, después de tantos peligros y aventuras, la cosa quedaba en boda.

Felicidad, pues, a los dos jóvenes, que bien se lo habían merecido.

Cuando la puerta del cuarto descendió tras el policía, Jill y Hugo, dos enamorados, se besaban con ternura.


FIN